

Promotio Iustitiae

Mártires por la justicia

Desde América Latina

Juan Hernández Pico sj
Aloir Pacini sj

Desde África

David Harold-Barry sj
Jean Baptiste Ganza sj

Desde el Sur de Asia

William Robins sj
M.K. Jose sj

Desde Asia Pacífico

Juzito Rebelo sj



**Secretariado para la Justicia Social
y la Ecología**

Editor: Patxi Álvarez sj

Coordinadora de Publicación: Concetta Negri

El Secretariado para la Justicia Social y la Ecología de la Curia General de la Compañía de Jesús publica *Promotio Iustitiae* en español, francés, inglés e italiano en la página web: www.sjweb.info/sjs. Allí podrá acceder a todos los números editados desde el año 1992.

Si desea hacer algún breve comentario sobre un artículo será sin duda bien recibido. De igual modo, si desea enviar una carta para su inclusión en un próximo número de *Promotio Iustitiae* utilice por favor la dirección, el fax o el correo electrónico indicados en la contraportada.

Les animamos a reproducir los artículos total o parcialmente siempre que lo consideren oportuno, agradeciéndoles que citen a *Promotio Iustitiae* como fuente y que envíen una copia de su publicación al Editor.

Contenido

Editorial	4
El legado de los mártires salvadoreños	6
Juan Hernández Pico sj	
Con el martirio renace la esperanza de los indígenas en Mato Grosso	10
Aloir Pacini sj	
Los siete jesuitas mártires de Zimbabue	14
David Harold-Barry sj	
Tres granos caídos en la tierra de Ruanda	19
Jean Baptiste Ganza sj	
“Un refugio para los sin techo”: el P. Thomas E. Gafney sj	22
William Robins sj	
El Padre A.T. Thomas sj, 1951-1997	24
M.K. Jose sj	
En aras de la libertad: dos jesuitas en <i>Setembro Negro</i>	28
Juzito Rebelo sj	
Lista de jesuitas asesinados violentamente	31



Editorial

Patxi Álvarez sj

“No trabajaremos, en efecto, en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio. Pero este trabajo hará más significativo nuestro anuncio del Evangelio y más fácil su acogida”

(CG 32, d.4, n.46)

Hace ahora poco más de 25 años, el 16 de noviembre de 1989, fueron asesinados en la Universidad Centroamericana (UCA) de El Salvador, seis jesuitas, junto a la mujer que cuidaba de su comunidad y su joven hija. Fueron ejecutados de noche, disparados a la cabeza, porque con la fuerza de la razón y las ideas habían promovido la paz y se habían situado de parte de los marginados y oprimidos. Entre ellos sobresalía el P. Ellacuría, rector entonces de la universidad, que había empeñado todo el prestigio y la capacidad intelectual de su institución al servicio de la verdad y en defensa de los últimos.

Aquellas muertes salvajes produjeron un tremendo impacto en la Compañía y en amplios sectores de la Iglesia. Con el paso de los años, han quedado como un símbolo de nuestro compromiso por la justicia.

Sin embargo, no fueron los únicos. Desde que la Compañía de Jesús, allá por 1975, proclamara su deseo de trabajar en favor de la justicia, los jesuitas supieron que habrían de pagar un precio. Así lo había advertido la Congregación General 32 y el P. Arrupe no dejó de recordarlo: confrontar estructuras que oprimen a los pobres despierta la violencia del opresor, que siente amenazados sus privilegios. Aquellos compañeros eran conscientes de que optar por los últimos supondría compartir su suerte. Desde aquel año 1975 han sido asesinados violentamente más de 50 jesuitas, muchos de ellos dedicados a vivir con los excluidos y a protegerlos. Mayor ha sido aún el número de colaboradores laicos abatidos. Más numerosa es todavía la cantidad de jesuitas que han sido amenazados de muerte, conviviendo con el sobresalto y el miedo constantes. Mientras se escriben esas líneas dos compañeros nuestros permanecen secuestrados. En realidad es aún más triste, pues desconocemos su suerte.

Todos aquellos hombres dieron su vida generosamente, sin reservarse nada. Se entregaron completamente. Posiblemente encontraron aliento en el ejemplo de Jesús, al que tantas veces habrían expresado su deseo de seguirlo desprendiéndose de todo. Y comprendieron el sentido de aquel esfuerzo en la nueva vida para los últimos por la que luchaban.

Tras los acontecimientos de El Salvador, la universidad perdió buena parte de la presencia jesuítica. La provincia centroamericana no podía remplazar a aquellos hombres. Necesitaban gentes con su preparación, de la que no disponían. Entonces el P. Kolvenbach pidió jesuitas que se ofrecieran a continuar con aquella tarea. Fueron muchos los que se prestaron.

Dar la vida produce mucho fruto. Los mártires han transformado la Compañía, sumergiéndola en un proceso de conversión en el que aún nos encontramos, nos han acercado más a los pobres, nos han convencido de la necesidad de dar la vida por ellos y nos han hecho más conscientes de que en la sencillez de aquellas vidas la gracia de Dios nos ha tocado de cerca.

Este número de *Promotio Iustitiae* quiere ser un homenaje a todos aquellos compañeros que se dieron completamente. Hemos recogido únicamente algunos relatos procedentes de países en los que fueron asesinados varios jesuitas: Ruanda, Zimbabue, Brasil, India, Timor del Este y El Salvador. Motivos de espacio han impedido recoger otros muchos relatos, como habría sido deseable. Los que aquí aparecen quieren representar a todo este largo conjunto de mártires. Están narrados por jesuitas que conocieron a los que cayeron. Son conmovedores, por el dolor que recogen, por la solidaridad que expresan y porque llaman a vivir por los más pobres con su misma entrega. Al final presentamos un elenco con los nombres y unos pocos datos de los jesuitas asesinados durante los años que siguieron a la proclamación del decreto 4 de la Congregación General 32 hasta hoy. Con ellos, el anuncio del Evangelio se hizo más significativo y mayor el deseo de un Reino en el que luzca la justicia y la dignidad para todos.

El P. Arrupe decía en una ocasión: "Si la Iglesia desea testimoniar de modo creíble su misión divina, debe asimismo ser un testimonio creíble de la justicia entre los hombres... Esto no puede ser llevado a cabo por una reflexión abstracta o mediante la repetición de principios generales. Debemos poner en práctica las enseñanzas de la Iglesia sobre la justicia por medio del testimonio que ofrecemos, y debe ser un testimonio que convenza..." Los mártires han hecho creíble nuestro testimonio de lucha por la justicia y nos convocan a seguir hoy su estela.

Original español



El legado de los mártires salvadoreños

Juan Hernández Pico sj

Universidad Centroamericana de El Salvador (UCA)

El 16 de noviembre de 1989, hace 25 años, yo estaba en Managua, Nicaragua. Era director del Centro de Investigación y Acción Social (CIAS) de la Compañía de Jesús en Centroamérica. Vivía en una comunidad ubicada en un barrio de clase media (Bosques de Altamira). En esa comunidad vivían también Xabier Gorostiaga (†), Fernando Cardenal, Luis Medrano (†), Peter Marchetti, Alejandro Von Rechnitz, Arnaldo Zenteno, Roberto Currie, José Mulligan y quizá otros. Estaba hospedado allí el claretiano Teófilo Cabestrero. Con este último estaba desayunando yo cuando irrumpió –por el calor teníamos la puerta del comedor abierta– un vecino gritando: “Han asesinado a Ignacio Ellacuría, a Segundo Montes, a Nacho Martín Baró, a Amando López, a Juan Ramón Moreno, a Joaquín López y López y a Jon de Cortina.” Llevaba un radio transistor en su mano y su cara estaba demudada. Había sido jesuita hasta magisterio. Evidentemente Jon de Cortina no había sido asesinado; era una sospechosa equivocación de las emisoras salvadoreñas. Y nada se decía aún de Julia Elba y Celina.

El Gobierno de El Salvador presidido por Alfredo Cristiani intentó presentar los asesinatos como obra de los guerrilleros, quienes en aquellos días llevaban a cabo una ofensiva contra la capital del país. Rápidamente se fue abriendo paso la bárbara verdad: los asesinos habían sido miembros del Batallón Atlacatl, una fuerza de élite de la Fuerza Armada Salvadoreña. Todavía hace 8 días, al prepararme para la Eucaristía en la parroquia de El Carmen de la ciudad de Santa Tecla, un abogado, entonces ayudante de fiscal, me confió que sus superiores le habían pedido que pintara lo ocurrido como obra de los guerrilleros y que él se había mantenido firme en su convicción, a partir del examen de los hechos, de que todo había sido obra de la FAES¹. De hecho la emisora de la FAES había estado proclamando los días precedentes que los jesuitas de la UCA eran el cerebro de la guerrilla y que había que matarlos.

El P. General de la Compañía de Jesús, Peter Hans Kolvenbach, nos visitó en El Salvador los días después de Navidad para consolarnos y expresar públicamente su denuncia del crimen y su solidaridad con sus compañeros. Tuvo una entrevista con el Presidente Cristiani cuyo contenido guardó en secreto. Pocas semanas más tarde el Gobierno reconoció que los autores de los asesinatos habían sido miembros de la FAES. Finalmente, el Coronel director de la Escuela Militar, que había dado la orden inmediata fue reconocido culpable y condenado a 20 años, al igual que oficiales de menor graduación. Fueron absueltos los cabos y soldados, autores de los disparos asesinos, con base en el principio militar in-ético de la obediencia debida a órdenes superiores. Una de las conclusiones del Informe de la Comisión de la Verdad, que llevó el título “De la Locura a la Esperanza”, fue que la orden de asesinar a los jesuitas y a cualquier testigo indeseable, provino de la cúpula de la FAES, comenzando por el

¹ Fuerzas Armadas de El Salvador.

Ministro de la Defensa, el Jefe del Estado Mayor del Ejército y varios generales y coroneles, jefes de la Fuerza Aérea y de varios cuarteles de la capital del país. Pero pocos días después de la publicación del informe, la Asamblea Nacional votó con carácter de urgencia una ley de amnistía, aplicándola incluso a miembros del Gobierno en la legislatura responsable de la ley, cuestión absolutamente inconstitucional. Como consecuencia, salieron en libertad el Coronel y los oficiales anteriormente condenados por la justicia. Sin embargo, los militares mencionados en el Informe de la Verdad están siendo reclamados por altos tribunales españoles como responsables del asesinato de los jesuitas. La Corte Suprema de El Salvador ha rechazado ya una petición de extradición de ellos.

Parece no haber duda de que la sangre de los mártires de la UCA, su horrendo asesinato, fue un factor de mucha importancia en la aceleración de las negociaciones para la paz en El Salvador entre las fuerzas enfrentadas en la guerra. El rechazo casi universal llevó a que la ONU presionara fuertemente a los Gobiernos de El Salvador y de Estados Unidos, a aquel como uno de los contendientes principales y a este como fuente de ayuda financiera y de armamento, para que tomaran muy en serio las negociaciones hacia la paz y llegaran a un acuerdo razonable y justo. De hecho, Ignacio Ellacuría pensaba ya en julio de 1989 que su postura en favor de una solución negociada para el conflicto disgustaba profundamente a la FAES, cuyos elementos directivos deseaban una victoria militar sobre las guerrillas a toda costa. Y que por eso “ahora todo podría pasar”. Dos años después del asesinato, las partes contendientes, con la mediación de Boutros Boutros-Ghali, el Secretario General de la ONU, firmaban los acuerdos de paz en Chapultepec, México. Y en enero de 1992 los comandantes guerrilleros hicieron su entrada en El Salvador como representantes de lo que ya iba a ser un nuevo partido político con las mismas siglas del frente guerrillero (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional - FMLN). En 1994 compitieron ya en las elecciones nacionales y en el año 2009 las ganaron, desplazando del Gobierno a la Alianza Republicana Nacionalista - ARENA. En este año de 2014 han repetido victoria electoral, si bien por pocos miles de votos, y han elegido presidente del país a uno de los antiguos comandantes guerrilleros, el Profesor Salvador Sánchez Cerén.

Entre los asesinados-mártires destaca Ignacio Ellacuría, rector de la UCA desde 1979, diez años antes de su asesinato. Siempre he pensado que el valor permanente que Ignacio Ellacuría nos dejó se encuentra en aquella especie de legado o testamento que constituyó su última conferencia pública en la Alcaldía de Barcelona, cuando le otorgaron, diez días antes de su muerte, el premio Alfonso Carlos Comín a la UCA. En esa conferencia, Ellacu² habló de trabajar universitariamente para ir creando una civilización del trabajo contrapuesta a la civilización del capital, y una civilización de la pobreza contrapuesta a la civilización de la riqueza, de manera que así se pudiera ir revirtiendo la historia.

Dentro de estas polaridades, la palabra “contrapuesta” tiene una importancia singular. Ha habido mucha oposición, incluso dentro de la Compañía, por ejemplo en la CG 34 (cuando enviamos un postulado sobre esta temática, pidiendo a la Compañía que nos comprometiera en procesos conducentes hacia esas metas), contra estas formulaciones de Ignacio. Fundamentalmente, porque parecía a no pocos muy poco motivador plantear como meta una civilización “de la pobreza”. Ahí es donde el “contrapuesta” adquiere un valor crucial. Si estuviéramos en el primer día de la creación y planteáramos esa meta, sería absurdo hacerlo. Pero estamos en una civilización de una riqueza excluyente que etiqueta a la pobreza de los pobres como “sobrante”, marginal, y dispensable. La civilización de la pobreza contrapuesta a la civilización de la riqueza es otra forma de enunciar la opción por los pobres, sólo que

² Así es como se referían a Ellacuría sus compañeros.

Ellacu insiste en la dialéctica de pobreza y riqueza. Como la polémica de Puebla alrededor de la opción por los pobres “preferencial y no excluyente” indica muy bien, se confunde el llamado a los ricos, a las personas con riqueza, a los cuales nunca el Señor excluyó, con el dinamismo de las estructuras de riqueza que socialmente excluyen a los pobres. Por eso, hablar de una civilización de la pobreza significa negar dialécticamente y tratar de superar la civilización de la riqueza, que si quisiera hacerse realmente fraterna, si quisiera universalizarse, destruiría el planeta en que vivimos. Porque no se puede vivir con el estilo de vida de la civilización de la riqueza, incorporando a él a los mil doscientos millones de chinos, a los mil millones de indios, a los más de mil millones de africanos y a los más de quinientos millones de latinoamericanos. Ni siquiera podrían los casi trescientos millones de estadounidenses alcanzar los niveles de riqueza del 1% de su población más rica o del 20% de ella y vivir humanamente sin destruir su propio hábitat. Lo no universalizable no es éticamente bueno o valioso, diría Kant. Por ahí va el planteamiento de Ellacuría. Escandalizarse de poner como meta “la civilización de la pobreza”, es decir una vida digna para las grandes mayorías de la humanidad, oculta hipócritamente el hecho de que la civilización de la riqueza es una civilización de minorías que excluyen a las grandes mayorías y las condenan a los márgenes miserables de la historia, al desprecio, a la discriminación y al ostracismo. Por eso el lema del 15º aniversario de los asesinatos-martirios fue “Revertir la historia desde las víctimas”.

El breve discurso de Ellacuría, que se titula *El desafío de las mayorías populares* aparece como último documento (pp. 297-306) en el libro publicado en 1999 por la UCA (Ignacio Ellacuría, Estudios Universitarios). Y se trata de un estudio “universitario” no sólo porque fue una conferencia con ocasión de la recepción de un premio a la UCA, sino porque el sueño de Ellacu era que la UCA contribuyera “universitariamente” a realizar esta tarea. La conferencia fue el 6 de noviembre. Ya todo el Este “realmente socialista” estaba crujiendo y desmoronándose. Las fronteras se habían vuelto fluidas: de Hungría se pasaba a Austria; de Alemania del este a Alemania Federal y a Checoslovaquia. Y fermentaban todos los demás países, la URSS incluida. Ellacu no vio lo que sucedía con la misma clarividencia. Habló de “crear modelos económicos, políticos y culturales, que hagan posible una civilización del trabajo como sustitutiva de una civilización del capital”. Y añadió: “Mucho de esto se ve en los estados socialistas sometidos a una profunda crisis de reconversión, que sólo una lamentable miopía histórica podría intentar interpretar como un mero cambio del capitalismo de Estado... a un capitalismo privado de clase”. Por desgracia es esto precisamente lo que acabó sucediendo poco a poco, luego de que el 9 de noviembre fue derrumbado el muro de Berlín y dos años más tarde, en diciembre de 1991, se derrumbó y fraccionó la URSS. Pero lo importante es la intuición formulada en términos de contraposición estructural socio histórica. Una intuición que hoy, frente a la globalización dominada por las transnacionales del capitalismo, más duro que el “salvaje” de los inicios, y asegurada por una única superpotencia militar, está tratando de mantenerse viva con aquello de que “otro mundo es posible”. En la *Revista Latinoamericana de Teología*, que fundó con Jon Sobrino en 1984 y que ya tiene 91 números publicados (3 al año), se publicó un gran artículo de él, uno de los últimos, *Utopía y profetismo desde América Latina*, donde profundizó también en la civilización de la pobreza dialécticamente opuesta a la civilización de la riqueza.

Pero los mártires no fueron Ignacio sólo. Fueron también Segundo Montes, doctor en antropología cultural, con su sensibilidad para los migrantes, los refugiados y la defensa de sus derechos humanos; su estela se puede rastrear aún en la UCA en la tradición de trabajo y estudios sobre los migrantes y en el Instituto de Derechos Humanos (IDHUCA), que fundó. Ignacio Martín Baró, doctor en psicología social, con el aporte a desentrañar las huellas de la guerra en la psicología social de nuestros países; sus obras son probablemente las más

reeditadas en América Latina y su escuela se conserva viva en innumerables publicaciones y en muchos congresos de alcance continental; dentro de la UCA se mantiene su tradición de usar las encuestas de opinión pública como instrumento de análisis a través del Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP). Amando López, doctor en teología, que había sido rector de la UCA de Managua en tiempo del sandinismo y que fue purgado por la jerarquía neoconservadora (Javier, hoy cardenal, Lozano, fue su némesis bajo la figura de visitador apostólico de la Universidad), y que era siempre el hombre que en el grupo escuchaba a las personas de toda procedencia con infatigable cariño y paciencia. Juan Ramón Moreno, profesor de moral y experto en espiritualidad, hombre de confianza de tantos religiosos y religiosas; creó la Biblioteca de Teología del Centro Monseñor Romero, que hoy lleva su nombre; y creó y mantuvo la revista de teología espiritual *Diakonía*, que sigue publicándose cuatro veces al año. Y Lolo (Joaquín López y López), que provenía de una familia de cafetaleros de la clase alta salvadoreña, y se convirtió, después de ser primer secretario general de la UCA, en fundador en El Salvador y director de Fe y Alegría por tantos años. Eran no sólo intelectuales, algunos de ellos geniales, sino un grupo de hombres sencillos, que toda su vida mantuvieron sus ojos puestos primero en Dios y luego en todos los caminos que conducen a Dios, entre ellos el de la Compañía de Jesús y el de la Universidad. La vida, como era en El Salvador, quiso que compañeras de su muerte por el pueblo, fueran dos mujeres del pueblo pobre, Julia Elba y Celina, madre e hija, que, paradójicamente, aceptaron la protección que ellos les ofrecieron esa noche en su casa, porque les pareció demasiado tarde para aventurarse a llegar hasta su casa con el toque de queda.

El P. Miguel Francisco Estrada, S.J., sucesor de Ignacio Ellacuría en su puesto de Rector de la UCA, formuló pronto certeramente la postura de la UCA y de la Compañía de Jesús frente a aquel crimen. Lo que la UCA y la Compañía quieren es “verdad, justicia y perdón”. Esa fue la postura de diversos rectores y provinciales posteriores. La verdad quedó reconocida, como ya lo hemos dicho, en el Informe de la Comisión de la Verdad, nombrada por el Secretario General de la ONU. La justicia comenzó a realizarse en el juicio que hemos mencionado, pero que frustró desde el principio su alcance hasta que fue frustrado más profundamente por la Ley de Amnistía de 1991. Contra ella hay varios recursos en la Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema de Justicia, todos irresueltos. La UCA y la Compañía de Jesús han mantenido siempre vigente su perdón, sin dejar de exigir el reconocimiento de la verdad y el proceso que conduzca a la justicia. Nada impide que la misma UCA y la Compañía de Jesús se constituyan en solicitantes de un indulto para el caso de que el proceso de la justicia, si se lleva a cabo, termine en condenas de los responsables. Mientras tanto es muy importante seguir luchando para ir superando en El Salvador los obstáculos a la reconciliación, presentes en la gran desigualdad que separa a una minoría de la gran mayoría del pueblo y que, expresada en múltiples facetas de inhumanidad, constituye la injusticia básica y fundamental contra la que hay que seguir luchando desde la fe que exige esa lucha. Sabiendo que cristianamente la reconciliación se apoya en la aceptación honesta de aquella reconciliación con la que Dios reconcilió al mundo por medio de Cristo y que es el mensaje evangélico que se nos ha encomendado (2 Cor 5, 18-19).

Original español



Con el martirio renace la esperanza de los indígenas en Mato Grosso

Aloir Pacini sj

Pastoral indígena, Cuiabá, Brasil

*Vidas por la VIDA, vidas por el Reino.
Todas nuestras vidas, como sus vidas.
Como la vida de Él, el mártir Jesús*

Canción de la Romería de los Mártires del Camino

En Brasil vivimos una dictadura militar como resultado del golpe de Estado de 1964. En el ámbito eclesial, el Concilio Vaticano II (1962-1965) y la II Conferencia Episcopal de Latinoamérica – CELAM (Medellín, 1968)¹ dieron un tono de esperanza a la acción de la Iglesia al servicio del Reino de Dios y movieron a los misioneros jesuitas de Utiariti a descubrir “con alegría y respeto” las semillas del Verbo entre los pueblos indígenas. Pasaron a anunciar el Evangelio más con el testimonio que con las palabras. ¡Era una nueva tarea! Dejar la indoctrinación para comenzar a desvelar, cultivar y dar fuerza a las palabras de Dios entre los pueblos indígenas con los que convivían.

João Bosco Burnier nació en Juiz de Fora (Minas Gerais) el día 11 de junio de 1917 y el 7 de abril de 1928 dejó a sus padres y siete hermanos para ser sacerdote en la diócesis de Río de Janeiro. Mientras estudiaba en Roma decidió hacerse jesuita. Entró en la Compañía de Jesús en 1936, siendo ordenado presbítero en Roma el 27 de julio de 1946. En 1948 sirvió como secretario del Padre General de la Compañía de Jesús para la Asistencia de América Latina. Después de las bombas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki pidió ser misionero en el Japón. Sin embargo fue destinado como superior de la Residencia dedicada a José de Anchieta en Espíritu Santo y entre 1954-1958 ejerció como Provincial de la Viceprovincia Goiano-Mineia. Tuvo importantes trabajos en la formación: fue maestro de novicios y director espiritual de los juniors de 1959 a 1965.

El P. Burnier llegó a Mato Grosso en 1967, a la Prelatura de Diamantino, para trabajar con campesinos e indios hasta su muerte. Inicialmente fue enviado con los Bakairis, en la Misión Anchieta. Aquel tiempo de gracia que conllevaría cambios en el modo de trabajar con los pueblos indígenas estaba en ebullición cuando Burnier llegó a la misión jesuita con sede en Diamantino. El clima de Iglesia perseguida de América Latina y las reuniones cálidas entre

¹ Fue seguida en 1974 por la exhortación apostólica de Paulo VI *Evangelii Nuntiandi*, que desembocó en Puebla (1978).

los misioneros hicieron cambiar el modo en que él entendía la misión. Tuvo que aprender a participar en las discusiones como un igual y reconocer sus errores dejándose desafiar. En reuniones tensas o en situaciones sin solución inmediata, decía: “¡Hay que tomárselo con calma!”

En 1968 los jesuitas cerraron el internado de Utiariti que albergaba a niños de ocho etnias diferentes a causa del proceso de desarraigo que vivían los estudiantes. Los misioneros marcharon a habitar en las aldeas con los indígenas, siguiendo la propuesta de inculturación y ofreciendo un testimonio de vida evangélico.

Las amplias perspectivas que llegaron de las orientaciones de la Iglesia y de la Compañía de Jesús, ayudaron a crear la Operación Anchieta, que aglutinaba a los misioneros, laicos y también al Consejo Indigenista Misionero (CIMI), órgano de la Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil (CNBB), para articular los trabajos de la Iglesia con los indígenas. En junio de 1975 se celebró la primera Asamblea Nacional del Consejo Indigenista Misionero, en Goiânia, con presencia del P. Burnier. Los misioneros jesuitas influyeron de modo especial en la pastoral indígena de las diócesis de Mato Grosso, entre ellas Diamantino, Sinop, Juína, Paranatinga y Cáceres. Como miembro de la coordinación regional de CIMI-MT viajó para confirmar la pastoral indigenista de la Prelatura de São Félix de Araguaia. João Bosco Burnier participó en un encuentro de la pastoral indigenista en Santa Terezinha. Visitó la aldea de Tapirapé, plantó un mango en S. Félix y regresó con D. Pedro Casaldáliga hasta Ribeirão Bonito (hoy Ribeirão Cascalheira) para participar y celebrar la fiesta de Nuestra Señora de Aparecida.

Sin embargo, el tiempo no estaba para fiestas. Acechaba un clima de terror. En una confrontación con la policía militar, los “posseiros” reaccionaron a la ola de violencia y mataron al cabo Félix, conocido en la región por sus “arbitrariedades e incluso crímenes”. Los policías atribuyeron a Jovino Barbosa y a sus hijos la muerte del cabo Félix. Como los sospechosos habían huido, para localizarlos, los policías llevaron a comisaría a la mujer de Jovino, llamada Margarida, y a su nuera Santana y las torturaron bárbaramente con bofetadas, quemaduras con cigarrillos y agujas. Varios policías violaron a Santana, quemaron su campo, su casa y todo el arroz del granero.

El P. João rezaba y cantaba con la gente en la procesión de Nuestra Señora de Aparecida en la bendición del agua para el bautismo. Se oían muchos gritos y súplicas en la comisaría: “No me peguen”. Después de la procesión Don Pedro y el P. Burnier fueron a la comisaría a interceder por ambas: “impotentes y bajo torturas –un día sin comer ni beber, de rodillas, con los brazos abiertos, agujas en la garganta y bajo las uñas– una represión inhumana” (Pedro Casaldáliga). Pidieron que soltasen a aquellas mujeres inocentes, pero los soldados los insultaron y dijeron que el lugar del cura era la sacristía. Al no lograr nada, el P. Burnier dijo que marchaba a Cuiabá y allí denunciaría los abusos. Cuando escuchó esto, el policía Ezy Ramalho Feitosa se adelantó y le dio una bofetada, un golpe con la culata en el rostro y el tiro fatal. El testimonio del obispo sobre este acontecimiento es importante:

“Yo me presenté como Obispo de S. Félix, dando la mano a los policías. El P. João Bosco también se presentó. El diálogo se alargó tal vez tres o cinco minutos. Serenos, por nuestra parte; con insultos y amenazas, hasta de muerte, por la de ellos. Cuando el P. Bosco dijo a los policías que los denunciaría a sus superiores por las arbitrariedades que estaban cometiendo, el soldado Ezi Ramalho Feitosa dio un salto hasta él dándole una bofetada fortísima en la cara. Inútilmente intenté cortar allí el diálogo imposible: João Bosco, vámonos... Inmediatamente descargó también en el rostro del Padre un golpe de revólver y, en un segundo gesto fulminante, el tiro fatal, en el cráneo”.

El Padre cayó herido mortalmente, víctima de la caridad, sin reaccionar ante tamaña violencia. Don Pedro le dio la unción de los enfermos, mientras el P. Burnier rezaba invocando varias veces el nombre de Jesús. Vio que su hora había llegado y, todavía consciente, dijo a Don Pedro: “ofrezco mi vida por los indios de este pueblo del *sertão*”. Recordó a Nuestra Señora de Aparecida y pronunció sus últimas palabras: “Don Pedro, ¡hemos terminado la tarea!” Así fue martirizado el P. Burnier, ofreciendo su vida por las mujeres presas y torturadas por los soldados en la comisaría de Ribeirão Cascalheira². El pueblo quedó espantado ante aquel acontecimiento. Los hombres del lugar no se arredraron y fueron a ver al padre al ambulatorio, pero las mujeres se quedaron rezando en la iglesia y en casa. Decían: “si hubiera sido uno de nosotros... no sería extraño, sucede todos los días. ¡Pero un Padre! ¡Estos policías han perdido el juicio!”

Sin recursos para atender al Padre que agonizaba, Don Pedro llamó por radio y los líderes de la Iglesia local buscaron un taxi aéreo. Para Don Pedro aquella fue una “vía-sacra” de salvación en los caminos de la Amazonía, en las tierras de los indios, de los campesinos, de los empleados de las haciendas. Llegaron a Goiânia, pero el P. Burnier se encontraba en agonía de muerte. El P. João Bosco Burnier murió como Jesucristo, ofreciendo su vida y hoy, desde el cielo, intercede por nuestra liberación. Burnier fue conocido por los Bakairis como *Saponaghi, Padre Bueno y Sonriente*. Periódicamente se hace una peregrinación a Diamantino, donde está sepultado, que recuerda al pueblo la misión de los jesuitas en estas tierras de la Prelatura de Diamantino que cubre todo el norte de Mato Grosso.

Otro mártir jesuita en el Mato Grosso fue el Hermano Vicente Cañas sj, que recibió de los Mÿkys el nombre de *Kiwxi*, en 1977. Vicente Cañas, junto al P. Thomas Lisbôa, tuvieron los primeros contactos pacíficos con esta etnia en 1973. Cañas fue martirizado en abril de 1987, presumiblemente el día 6, con 48 años de edad. Quedaron signos de haber sido asesinado: gafas y dientes rotos, las tiras de las chancletas rasgadas, el estómago perforado, lesiones en el cráneo... Su cuerpo fue encontrado momificado por la naturaleza el día 16, cuarenta después de su martirio.

Vicente Cañas nació en España y viajó a Brasil con el firme propósito de ser misionero entre los indígenas. Durante 5 años el H. Cañas se dedicó a los Parecis, en el noroeste del Mato Grosso. En 1969 recibió un bautismo de fuego cuando marchó con el P. Antônio Iasi, a petición de la Fundación Nacional de los Indígenas (Funai), para salvar cerca del 7% de los Tapayúnas (Beißos de Pau) que habían tenido contactos catastróficos con la expansión en el valle del río Arinos. La elaboración de un informe encomendado por la Funai fue el golpe fatal, porque provocó una epidemia de gripe. El H. Cañas mantuvo este trabajo hasta abril de 1970 y consiguió que sobrevivieran los 40 Tapayúnas que había encontrado. Sin embargo, el Estado quería distribuir a los hacendados las tierras tradicionales de los Tapayúnas y los transfirieron al Parque Indígena de Xingu, donde se mezclaron con los Kinsêdjes (Suyás).

Junto al P. Thomaz de Aquino Lisbôa tuvo los primeros contactos pacíficos con los Mÿkys el 13 de junio de 1971 y con los Enawenenawes en 1974, sin bajas para los indios. A finales de 1975 pasó a dedicarse a los Enawenenawes, de la misma familia que los Parecis (Aruak). Se hizo uno de ellos en una convivencia intensa que marcó su vida definitivamente. Se insertó

² Un destacamento de policía fue establecido en Ribeirão Bonito, junto a Ribeirão Cascalheira, en 1973, para presionar e intimidar a los agricultores pobres que chocaban con los hacendados en la lucha por adquirir un pedazo de tierra. Los pequeños productores rurales escribieron al Presidente de Brasil, Ernesto Gaizel, protestando por que la policía servía solo a los hacendados, mientras maltrataba y torturaba a los pequeños agricultores y a los peones. En aquella época, la Iglesia de São Félix do Araguaia tenía una voz profética con Don Pedro Casaldáliga, que alcanzaba una gran representatividad en la defensa de los Derechos Humanos.

en este nuevo mundo participando de sus rituales, pesca, trabajos en el campo, colectas de miel, de fruta y tubérculos, confeccionando cestería y otros artefactos propios de la habilidad masculina... Se dedicó a un profundo aprendizaje de su lengua, medio privilegiado para aprender su cultura. Sus diarios muestran su cuidado por las pequeñas cosas, anotaba la finalidad de cada cosa en el hábitat tradicional Enawenenawe.

Este jesuita vivió intensamente inculturado junto a los Enawenenawe por más de 10 años, ¡una donación sin límites! El H. Cañas fue asesinado por defender la demarcación del territorio nacional de este pueblo indígena ante las fuerzas de expansión del agro-negocio y los madereros. *Kiwxí* formó parte de un grupo interministerial para la demarcación de las tierras Enawenenawe, que necesitaban para sobrevivir como etnia diferenciada en el mosaico multicultural y pluriétnico que es Brasil.

Actualmente los Enawenenawes aún sufren las agresiones sobre sus tierras y se oponen a la instalación de pequeñas centrales hidroeléctricas en los ríos de la región, que impiden las migraciones de los peces hacia las cabeceras e interfieren directamente en sus rituales tradicionales³. El río Preto, afluente del Juruena, es parte del territorio tradicional de los Enawenenawes, donde se quedan por dos meses construyendo unos diques para la pesca, y que debe ser demarcado, pues la deforestación crece en la región cada año.

Don Pedro Casaldáliga, obispo emérito de São Félix do Araguaia, dice con cariño que *Kiwxí* es el mártir de las causas amerindias, ¡el mártir de la fe y la justicia! El H. Cañas despierta la responsabilidad de todos nosotros hacia las demandas aún pendientes de los indígenas del Brasil, que se enfrentan en el Congreso a una bancada ruralista. Su memoria es revivida con intensidad junto a la del P. Saponaghi, por medio de las peregrinaciones al Santuario de los Mártires del Camino en Ribeirão Cascalheira, cada cinco años, desde 1976. La sangre derramada en estas tierras del Mato Grosso clama justicia. Estas memorias nos han fecundado a todos los que trabajamos con los pueblos indígenas y a otros que están al servicio de la fe y la promoción de la justicia hasta el día de hoy.

Original portugués
Traducción Patxi Álvarez sj

³ Los rituales de pesca colectiva aparecen bellamente representados en el vídeo *Yákwa: Banquete dos Espíritos*, CTI.



Los siete jesuitas mártires de Zimbabue

David Harold-Barry sj

Harare, Zimbabue

Siete jesuitas, dos Hermanos y cinco sacerdotes, murieron en cuatro incidentes distintos, durante los últimos años de la larga guerra de liberación, 1972-79. Tres eran alemanes, tres británicos y uno irlandés. Todos ellos trabajaban en misiones rurales, objetivos fáciles para las guerrillas, quienes interpretaban a su manera las instrucciones generales que recibían de sus distantes jefes. Nunca fue táctica de los movimientos de liberación poner en el punto de mira a las misiones, pero siempre hubo guerrillas con agendas privadas.

El suceso inicial y el más trágico, ocurrió el 6 de febrero de 1977, cuando un grupo de guerrilleros llegó de noche a St. Paul's, en Musami, a 80 kilómetros al este de Harare. Alinearon a cuatro jesuitas y a cuatro hermanas dominicas, todos europeos, y dispararon contra ellos y mataron a tres jesuitas y a todas las hermanas. Los superiores de los jesuitas y de las hermanas, Patrick McNamara y Hna. de Pace, llegaron al día siguiente animándose mutuamente, pero advirtiendo que: "algunos de nuestros mejores fieles van a vacilar y tendremos que vérnoslas con reacciones que no hay que interpretar mal... El miedo puede adueñarse de muchos - '¿Seremos nosotros los siguientes?'"

Aunque teníamos vagas premoniciones de que pudiéramos vernos implicados en la guerra, cuando ello ocurrió de verdad, experimentamos una fuerte conmoción. Los británicos, por ejemplo, sabían todo sobre sus mártires bajo Isabel I, pero ello tuvo lugar hace cuatrocientos años. No esperaban algo semejante en la época de Isabel II. Habíamos quedado paralizados con la creencia de que nuestro apoyo a los objetivos de la lucha de liberación, aunque no algunos de sus métodos, serían nuestra protección. Los superiores sabían que estaban arriesgando las vidas de nuestros compañeros al dejarlos en las misiones rurales cuando podrían haberlos retirado a la seguridad de las ciudades. Pero hicieron el discernimiento de que nuestro testimonio evangélico nos llamaba a este riesgo. Los siete jesuitas que murieron pudieron haber pedido partir, pero ellos no lo solicitaron. Eligieron "quedarse en sus puestos", palabras que sirvieron de título a un pequeño libro que compusimos para conmemorar su sacrificio.

En toda África, sólo Argelia y Zimbabue tuvieron guerras de independencia tan largas y crueles. Los colonos europeos llegaron a Zimbabue en 1890, con el propósito de quedarse aquí permanentemente. Ellos defendían que el país nunca fue una colonia como lo fueron otros territorios. A lo largo de décadas dieron un paso tras otro, para asegurarse de que el progreso de África iba a ser acompasado, y nunca iba a poder competir con el control europeo. Al final, en los años 1950 estalló entre los africanos un resentimiento latente y veinte años más tarde explotó la guerra.

A diferencia de la situación en el Salvador, en los años 1980, los jesuitas estaban en los dos bandos del conflicto: ellos atendían a las comunidades de europeos y a las de africanos. La posición “oficial” de los obispos y de las comunidades religiosas era la de apoyar los objetivos de la lucha. Pero había voces de peso que no estaban de acuerdo. Los europeos nunca fueron más del 5 por ciento de la población, pero ejercían desproporcionadamente una fuerte influencia, incluso en los círculos de la Iglesia. Y los jesuitas que trabajaban entre ellos, no eran inmunes a la propaganda que diariamente se vertía desde el *Rhodesian Herald* y la Televisión de Rodesia. Además, algunos de nuestros compañeros jesuitas oriundos de Alemania Oriental donde habían tenido experiencia de primera mano del comunismo activo, eran muy cautelosos ante la propaganda que llegaba del otro lado de la frontera, en Mozambique.

El resultado, en palabras de Stephen Buckland, un jesuita blanco nacido en el país, fue que “una profunda inseguridad y ambigüedad, dentro de la conciencia jesuita, se dio a conocer... en aquellos momentos”. Y continuaba: “Los jesuitas fueron aparentemente incapaces, como cuerpo, de producir una política coherente, incluso en asuntos prácticos, como la manera de reaccionar ante la presencia de guerrilleros en la misión, mucho menos en cuestiones teóricas acerca de la actitud de la Iglesia ante las aspiraciones políticas de la gente”. Por otro lado, en un comentario típicamente generoso y sanador, Fidelis Mukonori, un jesuita negro nacido en el país, dijo: “los jesuitas tenían una política coherente de no tener política alguna, porque algunos trabajaban entre los negros, otros entre los blancos”.

Muchos otros religiosos e incontables laicos murieron también en nuestra guerra cruel. La muerte de tantos cristianos –clérigos, religiosos y laicos–, junto con el trabajo inspirador de la Comisión Católica de Justicia y Paz, ayudó a que las iglesias salieran de la guerra bien respetadas. Y en lo que respecta a los cuatro incidentes en los que murieron jesuitas, se erigieron en el lugar monumentos conmemorativos. La capilla en Musami, que fue inaugurada por el vice-Presidente, es testigo de un servicio conmemorativo cada año, el día 6 de febrero.

Así pues, ¿quiénes fueron estos siete hombres? ¿Eran ellos Miguel Pros jugando al ratón y al gato con los revolucionarios mexicanos, o Edmund Campions, “desafiando” al gobierno inglés mientras decían que “hay que tener en cuenta el precio”? Ellos no fueron ninguno de estos. Ninguno de ellos destacó como especialmente brillante o abiertamente santo. De hecho, dos de ellos eran de difícil convivencia.

El Hermano John Conway, el irlandés, cuya solicitud pidiendo entrar en la Compañía se perdió, y tuvo que pedir de nuevo la admisión un año más tarde, fue “desterrado” por la comunidad a una casa especialmente construida para él: “¡El Castillo Conway!” Estaba ubicada a una distancia corta de la comunidad jesuita, de modo que el ruido de la constante riada de niños entrando y saliendo de su habitación fuera más llevadero. John quería a los niños y solía contarles cuentos mientras les enseñaba el catecismo. Poseía un corazón amable para todo el mundo.

El P. Christopher Shepherd-Smith (Sheppy) tenía puntos de vista tan “raros”, que en su nota necrológica se le describía como “¡imposible de vivir con él!” Cuando recopilé el libro al que me refería más arriba, le pregunté al autor de este juicio, el P. Mark Hackett, que escapó de la matanza de Musami porque estaba de permiso, si él todavía mantenía esta opinión veinte años después. Su respuesta fue para curarla en sal: “era *absolutamente* imposible convivir con él”. Hago estos comentarios “negativos”, afianzado en el conocimiento de que Sheppy y los otros, eran todos ellos profundamente apreciados y queridos por sus compañeros. Sheppy había crecido en Kenia, en un internado donde su madre era supervisora, y de pequeño había vivido realmente en el convento de las religiosas, entrando y saliendo como un gato sin dueño.

Él se empapó de una firme lealtad hacia el Papa a una edad temprana y nunca la perdió. También desarrolló unos métodos de hacer apostolado sencillos y de mucha entrega. Sus hermanos más críticos encontraron su rigidez difícil de soportar. Pero él se salió con la suya cuando el Papa Pablo VI fue personalmente informado sobre su nombre y su muerte, y habló sobre los mártires de Musami, si mi memoria no me falla, en un ángelus del domingo.

Otro “tipo pintoresco” era el P. Gerhard Pieper, cuya habitación, en el viejo filosofado alemán de Pullach, ¡era una verdadera taberna! La hospitalidad de Gerry llegaba hasta un café de máquina, cigarrillos y un coñac. Desde su noviciado, cuando los del segundo año exigían a los de primero estricta observancia de todas las 656 reglas, y Gerry lo tildaba de fanatismo, hasta el día en que murió, Gerry fue defensor de humanidad y sentido común. Poseía una imaginación prodigiosa que usaba para desarrollar su trabajo pastoral. Era organizado, y profundamente entregado a la gente. Fue asesinado el día de San Esteban de 1978, en la Misión de Kangaire, unos 245 kilómetros al noroeste de Harare. Había sido advertido, pero él escribió en su última carta de Navidad a sus parientes y amigos: “Muchos de vosotros os preguntaréis, ‘¿Vale la pena? ¿No sería mejor dejar esta gente a su propia suerte? ¿Por qué intentar ayudar, cuando todo, de todos modos, acaba en llamas? ¿Por qué invertir dinero y el trabajo de toda una vida, si la gente no muestra ninguna gratitud? Créanme, si nos fuéramos ahora, seríamos como el pastor que deja su rebaño porque sólo es un asalariado’”. Él se quedó, y fue acibillado a balazos fuera de su casa.

Otros dos alemanes, el P. Gregor Richert y el H. Bernhard Lisson, murieron una misma tarde, el 27 de junio de 1978, en la Misión de Magondi, a 200 kilómetros al oeste de Harare. El Padre Provincial de la provincia septentrional de Alemania, el P. Guenter Gerhartz, coincidió que se encontraba por aquellos días en el país y abrigaba la ilusión de saludar a Gregor, que había sido compañero en su época de formación. En vez de eso, estuvo de pie junto a su sepulcro, mientras lloraba a su compañero asesinado, y en nombre de todos los jesuitas y amigos perdonó a los asesinos, “de todo corazón”.

Todo ello sucedió cuando tres hombres armados entraron a la misión un poco después de las 4 de la tarde y pidieron dinero, molestándose cuando vieron que había tan poco en la casa. Dispararon a Gregor y luego lanzaron una descarga contra Bernhard que estaba reparando la furgoneta de la misión.

Gregor había trabajado en Magondi durante once años. Se había interesado profundamente por el desarrollo de la región y había introducido el algodón como cultivo para el mercado. Al principio tenía sus dudas sobre si aquello funcionaría, pero pronto la cosa prendió. También trabajó como gerente de las escuelas, tanto antes de que las escuelas externas de la misión fueran traspasadas al gobierno local, como después, cuando el mismo gobierno le pidió que continuase como gerente.

Bernhard, al igual que Gregor, creció en una parte de Alemania Oriental que es ahora Polonia, y se especializó como herrero. Era un hombre forzado, y Wolfgang Thamm sj lo describe como dueño de un “aspecto físico aterrador”. Estaba más acostumbrado a un martillo que a una pluma, pero escribió de sí mismo que de niño él se maravillaba sobre “¿cuánto tiempo tuvo que esperar el pequeño niño Jesús en el refugio de Belén, hasta que le dieron permiso para salir! Entonces empecé a darme cuenta. Él y la Sagrada Familia necesitaban ayuda”. Entró en la Compañía en 1931, y era el mayor de siete hermanos. Bernhard trabajó en muchas de nuestras misiones y fue el impulsor de la construcción del nuevo Saint Albert’s, a 200 kilómetros al norte de Harare. El P. Norbert Gille sj recuerda el día en que todos los padres y hermanos fueron convocados a “levantar las vigas del techo, sin nada más que una larga

cuerda y la resonante voz del H. Lisson, que gritaba: '¡Tiren, Tiren!' Y tiramos. Las paredes vibraban, el aguilón se tambaleaba, pero con la habilidad del H. Lisson lo conseguimos”.

El P. Desmond (Gus) Donovan, oriundo de Leeds, en Reino Unido, perdió a su padre cuando tenía tres años, y el P. Ganley sj consiguió que él cursara educación secundaria en el colegio de la Compañía de Saint Aidan, en Sudáfrica. Los que le conocieron, hablaban de él como un perfeccionista y algo así como un rigorista para consigo mismo y para con los demás, aunque podía ser extremadamente amable. Al estudiar la lengua del lugar señalaba los tonos de cada palabra en sus homilías. Se llenó de cólera contra la Congregación General 32 y luchó contra la nueva orientación que la Compañía iba tomando. Fue asesinado el 15 de enero de 1978 mientras estaba fuera en su motocicleta visitando dos puestos de misión y atendiendo a los enfermos. Su cuerpo nunca se encontró y su féretro únicamente contiene un poco de tierra del lugar donde creemos que murió.

El P. Martin Thomas casi fue despedido del noviciado debido a su pobre salud. Los estudios fueron siempre una lucha y nadie parece haber esperado grandes cosas de él. Sin embargo, existía una acerada determinación detrás de la suave impresión del “caballero inglés en África” que él ofrecía. Recuerdo que me producía admiración su té de la tarde y los guarnecidos bocadillos de pepino, en nuestra gran cabaña de St. Michael, que servía como sala de comunidad. Esto le ayudaba a él a concentrarse en África.

Martin anteponía las personas a los horarios y a la eficiencia y trataba a todo el mundo con cortesía. St. Michael era una de nuestras misiones más pobres, y los estudiantes solían pagar sus cuotas con cubos de maíz. Martin luchó por conseguir agua y con el tiempo se perforaron dos pozos de agua abundante. Como algunos de nuestros Siete, Martin parece que tuvo una premonición de su final cercano. En su última visita a Inglaterra le regaló a su hermana Elizabeth un libro de poemas que incluían *The White Horse* (El caballo blanco), sobre la muerte de San Columbano, mientras le decía que debía guardarlo siempre para ella. Él señaló las líneas: “Él me amaba y muestra pena, porque mi partida se aproxima/La muerte solo me espera, mi final es mañana”.

Oscar Wermter sj, socio del Provincial Henry Wardale por aquellas fechas, escribió que Henry se conmovió profundamente ante la muerte de Gerry Pieper, el último de los siete en morir. “Durante el tiempo restante de guerra, estuvo absolutamente decidido a no permitir que ningún otro jesuita muriera. No es exageración alguna afirmar que durante todo el año 1979, último año de la guerra, el P. Wardale no se permitió distraerse de vigilar a sus hombres y preocuparse por su seguridad, ni siquiera durante un minuto. Materialmente, día y noche ponderaba los pros y los contras sobre la necesidad de dejar a sus hombres que permanecieran con la gente, asegurando por lo menos un mínimo de atención pastoral y cuidado sanitario y su firme propósito de no poner en peligro otra vida de un jesuita. Puede ser que fuera esto lo que minó su salud, y adelantó su propia muerte temprana”.

El P. Pedro Arrupe llamó a estos siete “personas corrientes, oscuras y desconocidas... que nunca participaron en amplias controversias nacionales... ¿Por qué el Señor los escogió a ellos? Yo creo que fue precisamente por sus vidas evangélicas... No cabe la más mínima duda sobre la natural simplicidad de sus vidas”.

Comencé este relato refiriéndome a la aparente ambigüedad en nuestra actitud como jesuitas hacia la lucha de liberación. Según transcurren los años, pasa también este malestar acerca de nuestro papel en aquel momento. Aquellos siete hermanos nuestros que murieron eran descendientes de los 11, también de diferentes naciones, que llegaron exactamente cien años antes, en carros de bueyes, a la velocidad de 17 kilómetros al día. Durante los primeros once

años fracasaron sin dejar huella. Pero cuando los colonizadores blancos llegaron más tarde, con infraestructuras y comunicaciones, los jesuitas comenzaron a progresar. Puede debatirse sin nunca acabar si estuvieron o no “excesivamente identificados con el proyecto colonial”. Tomaron la decisión de operar como misioneros, tanto hacia los blancos como hacia los negros. Era lo obvio que había que hacer. Pero produjo el malestar al que nos hemos referido. Cuando todo está dicho, quizás sólo sean los más sensibles entre nosotros quienes se preocupen de tales cuestiones. Lo que resplandece es el magnífico sacrificio de nuestros hombres, que permanecieron en lugares peligrosos, preparados a arriesgarlo todo, por causa del evangelio. Estamos inmensamente orgullosos de ellos.

Original inglés
Traducción Antonio Maldonado sj



Tres granos caídos en la tierra de Ruanda

Jean Baptiste Ganza sj

Kigali, Ruanda

Eran tres jesuitas ruandeses, tres vidas que recorrieron trayectorias diferentes. Tenían también diferentes edades. Chrysologue Mahame (1927-1994), conocido como *el Patriarca*; Patrick Gahizi (1946-1994), amigo de refugiados y prisioneros; e Innocent Rutagambwa (1948-1994), el silencioso. El primero nació en el Sur de Ruanda; el segundo, en el Sudoeste; y el tercero, en el Noroeste. Se entregaron al servicio del Evangelio en la Compañía de Jesús. Todos sirvieron a la causa de la fe y de la justicia en una situación de conflicto y, por tanto, en un tiempo de dura prueba. Patrick había conocido en persona el exilio en Burundi. El final de su recorrido terreno les advino el 3 de abril de 1994 en el Centro Cristo de Kigali. Se contaron entre el millón de vidas segadas por el genocidio de los tutsi en Ruanda.

¿Qué sucedió aquella mañana?

El asesinato de nuestros tres compañeros se produjo como culminación de un proceso de profunda tensión y de masacres a gran escala que siguió a la invasión del país por tutsi rebeldes procedentes de Uganda. Las turbulencias de la década de 1960 llevaron a la abolición de la monarquía y a la instauración de una república hutu, de la que fueron excluidos los tutsi. Miles de tutsi fueron asesinados y otros cuantos miles obligados a exiliarse a países vecinos. Durante tres décadas, los refugiados ruandeses pidieron regresar a su país natal, pero el gobierno de Juvénal Habyarimana reiteraba una y otra vez que el país estaba demasiado poblado para acogerlos. Con el tiempo, estos refugiados se cansaron y decidieron regresar a Ruanda por la fuerza de las armas. La mañana del 1 de octubre de 1990 lanzaron un ataque desde la vecina Uganda. Las filas rebeldes estaban formadas por jóvenes tutsi llegados de todos los países vecinos de Ruanda. La mayor parte de los líderes de la rebelión eran oficiales del ejército ugandés con la correspondiente formación militar.

Desde las primeras horas de la guerra, el régimen ruandés se apresuró a presentar el conflicto como un intento de los tutsi por restaurar la monarquía y exterminar a la mayoría hutu. Se puso en marcha una poderosa campaña de propaganda para movilizar a todos los hutu ante una confrontación étnica generalizada. La radio nacional y una serie de periódicos locales se sumaron al esfuerzo. Todos los tutsi del interior del país fueron considerados cómplices de los rebeldes tutsi asaltantes. Todos los intelectuales y comerciantes tutsi fueron arrestados y torturados. Algunos murieron. En el Norte de Ruanda, un grupo de pastores tutsi llamados *abagowe* se convirtieron en objetivo de la milicia hutu. Esta fue la primera prueba de genocidio, una señal para los rebeldes tutsi y para la comunidad internacional. El presidente Habyarimana y su régimen querían hacer saber a los rebeldes que, a menos que cesaran los ataques, iba a producirse un apocalipsis para los tutsi del interior de Ruanda. Poco después de la masacre de los *abagowe*, tuvo lugar otra masacre, la del distrito de Bugesera, a unos

treinta kilómetros de Kigali, la capital. Miles de tutsi fueron asesinados por la milicia hutu respaldada por el ejército de Ruanda. Esta fue la segunda prueba de genocidio, cuya finalidad era medir la reacción de la comunidad internacional, que permaneció callada e inactiva. Lo cual estimuló a los miembros del núcleo duro del régimen de Habyarimana a planificar lo que denominaron la *solución final*. El coronel Theoneste Bagosora –en la actualidad detenido en el Tribunal Internacional de Arusha– fue el cabecilla de quienes favorecían el total exterminio de los tutsi.

Mientras tanto, Tanzania puso en marcha un esfuerzo de mediación. En Arusha, el presidente tanzano, Hassan Mwinyi, y sus homólogos de la región intentaron reconciliar a las partes en conflicto. Las negociaciones habían llegado a un acuerdo para dividir el poder entre la rebelión tutsi reunida en el *Front Patriotique Rwandais*, por una parte, y el gobierno del general Habyarimana, por otra. Los hutu del ala extremista se sintieron traicionados y comenzaron a prepararse para el genocidio de los tutsi. Para estos extremistas resultaba inaceptable compartir el poder. En la tarde-noche del 6 de abril de 1994, cuando el presidente Habyarimana regresaba de una ronda de esas negociaciones que estaban teniendo lugar en Arusha, su avión fue alcanzado con funestas consecuencias por un misil mientras se preparaba para aterrizar. Irónicamente, se estrelló en el jardín del palacio presidencial, no muy alejado del aeropuerto. En el avión viajaba también el presidente de Burundi, Cyprien Ntaryamira. Nada más anunciarse el deceso de ambos, en todas las carreteras del país se levantaron barricadas para impedir la huida de los tutsi. La persecución empezó esa misma tarde-noche. Cadáveres apilados en las casas y en todas las calles. Durante la noche, el ruido de disparos y la detonación de granadas, mezclados con los gritos de las víctimas, no dejaron duda de la magnitud de las masacres. Había comenzado el apocalipsis. Duró cien días y se cobró alrededor de un millón de vidas.

En el Centro Cristo, la casa de ejercicios de los padres jesuitas en Kigali, lo peor se produjo la mañana del 7 de abril de 1994. A tenor de los testimonios de los jesuitas belgas presentes, el ataque al centro fue perpetrado por miembros de la guardia presidencial de Habyarimana. Llegaron a bordo de un vehículo, armados con pistolas y granadas. Reunieron a diecinueve de las personas que allí se encontraban, desentendiéndose de los extranjeros. A esas diecinueve personas las encerraron bajo llave en la habitación número 28. Liberaron a dos de los prisioneros hutu. Arrojaron granadas por la ventana y dispararon a la pila de víctimas con sus rifles. Nadie sobrevivió a esta carnicería. Nuestros tres compañeros, Chrysologue, Patrick e Innocent, se contaron entre las víctimas. Junto con el resto, fueron enterrados en una fosa común detrás de la habitación número 28. En 2007 recibí el encargo del superior regional, Augustin Karekezi, de supervisar la construcción de un memorial para las víctimas del Centro Cristo. El memorial fue inaugurado el 7 de abril de ese mismo año en presencia de las familias de las víctimas, las autoridades locales y algunos amigos de la Compañía de Jesús.

¿Cuál fue el impacto en la misión de la Compañía en Ruanda?

El padre Chrysologue Mahame era conocido con razón como *el Patriarca*. Junto con los padres Gahizi y Rutagambwa, el padre Mahame era uno de los pilares de la Compañía de Jesús en Ruanda. No hace falta decir que la muerte de estos tres compañeros fue un golpe para todos los jesuitas de Ruanda.

El padre Mahame fue el primer ruandés que ingresó en la Compañía de Jesús; lo hizo en 1971. Era un hombre de gran valía. Desde el comienzo de la guerra en 1990 se distinguió por sus esfuerzos por reconciliar a las partes en conflicto. El presidente Habyarimana le había confiado la delicada misión de persuadir a los tutsi de la diáspora de que renunciaran a la

lucha armada a fin de darle una oportunidad a una solución negociada. Era objeto de crítica por todas partes. Por un lado, los extremistas hutu no veían con buenos ojos esta iniciativa; por otro, los tutsi rechazaron su propuesta y lo consideraron un ingenuo. Algunos de ellos llegaron incluso a acusarlo de ser un vendido al régimen de Habyarimana. Junto con un grupo de amigos creó la *Association des Volontaires pour la Paix* [Asociación de Voluntarios por la Paz], que, si bien debilitada por la muerte de sus fundadores, sigue existiendo en la actualidad. Su anhelo de reconciliación y paz le creó enemigos. Cuando los soldados irrumpieron en el Centro Cristo aquella trágica mañana, dijeron que lo buscaban a él. “Buscamos al padre Mahame”, gritaron. Debió de imaginar lo que iba a suceder. El padre Patrick Hahizi fue detrás de él para enterarse de qué pasaba. Al padre Innocent Rugambwa lo sacaron más tarde de su cuarto para juntarlo con el resto de quienes luego fueron masacrados. Como corderos llevados al matadero, todo el grupo fue conducido a la habitación número 28. Fueron encerrados allí por unos instantes. De repente se produjeron detonaciones y explosiones. Ese fue el final.

El impacto de estas muertes en la Compañía de Jesús puede leerse desde una óptica sacrificial. El padre Mahame y sus compañeros, Patrick e Innocent, derramaron su sangre porque fueron vistos como tutsi, sin duda, pero también –y sobre todo– como incansables trabajadores que habían predicado contra el odio, la discriminación y la violencia. Para nosotros jesuitas ruandeses, su sangre hará que nuestra misión dé fruto. Puede decirse con verdad que, con su muerte, la Compañía de Jesús ha sido definitivamente fundada en Ruanda. Los percibimos como granos que han caído en la tierra y, pese a haber muerto, producen mucho fruto. Chrysologue Mahame, Patrick Gahizi e Innocent Rutagambwa son tres granos que han caído en suelo ruandés. Junto con una multitud de otros sacerdotes, religiosos, religiosas y agentes de pastoral, derramaron su sangre como testimonio de la presencia de nuestra Iglesia al lado de quienes sufren. Siguen siendo signo de esperanza en esta sociedad que aún se esfuerza por sanar sus heridas.

El asesinato de nuestros tres compañeros nos ha servido de acicate para implicarnos sin reservas en el proceso de reconciliación en marcha en Ruanda. Mediante los ejercicios espirituales que damos en el Centro Cristo y en otros lugares, trabajamos para posibilitar la sanación interior y una nueva amistad entre los tutsi y los hutu. El llamamiento a reconciliarnos y a reconciliar a nuestros hermanos y hermanas ocupa un lugar destacado en el proyecto apostólico de los jesuitas de Ruanda y Burundi. La Comunidad de Vida Cristiana ha servido también como lugar para reconciliar a los hutu y los tutsi alrededor de la palabra de Dios. En la humildad y la oración estamos dando pequeños pasos por el camino de la reconciliación y la paz verdadera. Y lo que vemos a nuestro alrededor nos anima a proseguir este compromiso. Que el Señor nos asista en esta noble misión al servicio de su pueblo.

Original francés
Traducción José M. Lozano Gotor



“Un refugio para los sin techo”: El P. Thomas E. Gafney sj

Williams Robins sj

Kathmandu, Región de Nepal

En la mañana del domingo, 14 de diciembre de 1997, estaba esperando pasar un buen día libre, comenzando por hacer la limpieza de mi habitación. Estaba atareado con la aspiradora, cuando un miembro de la comunidad irrumpió en mi habitación: “El Obispo Anthony acaba de telefonar. ¡Han matado a Tom!” Apagué la aspiradora, me puse una chaqueta, salí corriendo al cobertizo de las bicis, y después de unos cinco minutos estaba en el bungaló arrendado por Tom, un sencillo hogar de cuatro habitaciones. Rachan, el criado de casa, había venido a trabajar a las 8 de la mañana, como siempre. Encontró la puerta de delante abierta de par en par y a Tom echado sobre su colchón de dormir en el suelo, con un corte en la garganta. El Obispo Anthony vivía a corta distancia de Tom, así que Rachan lo informó primero a él. Yo eché una mirada a la habitación y al cuerpo de Tom, dije una oración, y le di la absolución, pero no me atreví a alterar la escena del crimen.

Llegó la policía y comenzaron su investigación, tras detener a Rachan y a Manoj, el jardinero de Tom. Unos amigos vinieron a ayudar a mover el cadáver hasta el hospital, para practicar la autopsia, y hacia el atardecer ya se había preparado el cadáver y se tuvo el velatorio en el salón de actos de nuestro colegio.

Tom (28 de noviembre, 1932 - 14 de diciembre, 1997) creció en Lakewood, Ohio. Interrumpió sus estudios iniciales de medicina para entrar en el noviciado de la Compañía. Cinco años más tarde, se trasladó al Sur de Asia, donde completó sus estudios de formación y fue ordenado sacerdote en 1965. Por aquellas fechas los jesuitas tenían dos colegios en Nepal. Tom fue nombrado Rector de uno de ellos y ayudó en la dirección espiritual, la contabilidad, la enseñanza y el trabajo de enfermería. En 1970, su preocupación por los pobres le llevó a abrir el Centro de Servicios Sociales “San Javier”. Un grupo de turistas había ayudado a unos niños de la calle y le pidieron a Tom que continuase aquel servicio. Tom añadió aquel ministerio a su trabajo en el colegio. Yo llegué a Nepal siete años después y pude comprobar que el trabajo se había extendido hasta ofrecer un hogar a unas cien personas sin techo, y con frecuencia a jóvenes minusválidos. Tom y su plantilla ofrecían servicios médicos a los estudiantes de las escuelas públicas y sus trabajadores sociales visitaban a los pobres en el hospital del gobierno. Con la ayuda de un psiquiatra, Tom había comenzado a prestar ayuda a jóvenes nepalíes adictos a drogas duras.

Tom buscaba siempre las mejores vías para ayudar a estos jóvenes en sus sufrimientos. Apoyaba a la Federación Asiática de Comunidades Terapéuticas y aprendió que una sencilla acupuntura auricular puede ayudar a calmar a gente alterada, especialmente durante el

período de desintoxicación. Por lo tanto muy raras veces acudía al uso de medicinas durante las curas. Meses de asesoramiento en un programa abierto le servían a Tom y a su plantilla para guiar a estos hombres hacia una mayor autoestima y autocontrol. Tareas sencillas en el Centro de Tratamiento les ayudaban a recuperar el propio sentido de la responsabilidad. Algunos pacientes se escapaban. Otros recaían y con frecuencia regresaban para intentarlo de nuevo. Tom no los abandonaba nunca por nada del mundo. Tom había aprendido muy pronto cómo funcionaba el comercio de drogas de Nepal. La frontera abierta de Nepal con la India, y las actitudes permisivas, ofrecían una gran bonanza a los narcotraficantes y a los proveedores ilegales. Tom probablemente sabía quiénes estaban implicados.

Tom no tenía miedo. Con firmeza, escribía en nepalí y en inglés, desafiando a las autoridades a tratar con justicia a los pobres y a ayudarles eficazmente. Su eslogan para el Centro de Servicios Sociales era “Ayudar a los Sin-ayuda” y “Refugio para los Sin-hogar”. Desafiaba a las organizaciones que trabajaban en servicios sociales a que sirvieran a los pobres justa y eficazmente y fue un gran apoyo para muchos médicos y trabajadores sociales nepalíes, que servían fielmente a los necesitados. Estas abundantes conexiones ayudaban a Tom a recomendar enfermos y necesitados a médicos especialistas y a colaboradores.

Tom vivió los veinte últimos años de su vida en cuartos alquilados, generalmente solo, pero estaba siempre cercano a la comunidad, tanto físicamente, como emocional y espiritualmente. Durante la mayor parte de estos años, yo fui su superior. Siempre sacaba tiempo para compartir una taza de café solo y con azúcar, con la comunidad y con los visitantes.

Él era una maravillosa “caja de resonancia” que nunca dejaba de reflejar un consejo claro, directo, penetrante, cuando yo se lo pedía. Le gustaba acercarse a la comunidad jesuita y nunca faltaba a las reuniones y comidas de comunidad y a las oraciones especiales de la comunidad. Solía oponerse fuertemente al mal, especialmente a la injusticia, pero nunca humillaba a la gente, ya fueran los poderosos, o simples jóvenes en el Centro. Su rápido humor con frecuencia solía suavizar los encuentros tensos.

Tom estaba naturalizado como ciudadano nepalí, así que no tenía preocupación alguna de que lo echaran del país. Podía por tanto escribir fuertes artículos y cartas al director, referentes a las necesidades de los pobres y enfermos de Nepal. ¡No todo el mundo apreciaba tales desafíos! ¿Qué sucedió aquella noche? Tom se había agregado a la comunidad de nuestro centro de investigación para la cena y regresó a su casa alrededor de las nueve, en un trayecto de cinco minutos de viaje en coche. Parece que se echó a dormir como de costumbre. No hubo señal alguna de una entrada violenta a la casa. El instrumento del asesinato fue dejado en un armario, en medio de sábanas dobladas. Nosotros sólo podemos adivinar cómo tuvo lugar el crimen. Tom fue un apóstol para los pobres y atropellados, y estaba siempre dispuesto a salir en defensa de ellos. Y lo hizo así con su vida.

Aquella tarde de domingo pude terminar la limpieza y mirar hacia el porvenir. El caso no se iba a aclarar; cosa sin mayor importancia para mí, pero las gentes a las que Tom ayudaba estaban desconcertadas. David, un estudiante jesuita, trabajaba con Tom, y nos ayudaría a organizarnos de nuevo. Nuestro Superior Regional me honró con darme el cargo del Centro de Servicios Sociales, ¡un gran cambio y, con todo, de agradecer, comparado con la enseñanza en el colegio de bachillerato! Disfruté de los ocho años siguientes trabajando primero con David y después con otros jesuitas y una dedicada plantilla, por seguir construyendo lo que Tom había comenzado. Yo proseguí mi camino, pero los jesuitas de Nepal siguen sirviendo a los necesitados por medio del Centro, gracias a las bendiciones de Tom desde el cielo.

*Original inglés
Traducción Antonio Maldonado sj*



El Padre A.T. Thomas sj, 1951-1997

M.K. Jose sj

Centro de Recursos Prerana, Hazaribag, India

El Padre A.T. Thomas, un jesuita valiente, un ser humano compasivo, un intrépido activista social, un erudito inteligente, un amigo de los pobres y los marginados, un hombre de visión, y un comprometido sacerdote de paz y armonía, fue decapitado el viernes, 24 de octubre de 1997. Tenía 46 años de edad. “Si A.T. Thomas no hubiera sufrido esa clase de muerte, ¿quién lo habría conseguido”? dijo un amigo jesuita muy cercano a él. Su afirmación contiene la vida de A.T. Thomas, la cual no fue un campo de rosas, sino una vida llena de espinas, que no solo pinchaban sino que también eran desafiantes e inflexibles. Él entregó su vida por los derechos y la educación de los *dalits* (intocables).

El P. A.T. Thomas, activista social

El P. A.T. Thomas estuvo inspirado e influenciado por los Evangelios, la doctrina social de la Iglesia, el Concilio Vaticano II y la Congregación General 32. “La fe que obra la justicia” le hizo lanzarse al ministerio socio-pastoral de la Provincia de Hazaribag, poco después de su ordenación en 1981. Fue párroco pionero de Mandair, en el Distrito de Chatra, en aquellos días una aldea remota y subdesarrollada. Se desplazaba en su bicicleta a los poblados más lejanos, para extender el Reino de paz, amor, igualdad y justicia. Poseía un corazón compasivo para con los indígenas pobres y oprimidos, y de esa manera se transformó en una voz para los intocables sin voz, del distrito de Hazaribag.

Con citas de la Biblia animaba a la gente: “no tengáis miedo, yo estoy con vosotros”. Llegó a ser un apóstol de los *dalits* de Karanpura y de la Misión Dalit de Tarwa, de la Provincia jesuita de Hazaribag. Él les había ayudado a luchar contra la opresión. “Libertad significa libertad de expresión, libertad para alzar vuestra voz contra la opresión”, les enseñaba a los *dalits* sin-voz. Ellos recuerdan con cariño sus afirmaciones. “Romped esta esclavitud, por cuánto tiempo vais a seguir siendo esclavos, por cuánto tiempo vais a estar besando los pies de los otros. Aprended a manteneros sobre vuestros propios pies. Permanezcamos juntos como un pueblo, y juntos hagamos frente a las dificultades y luchemos por un mañana mejor. Actualmente vosotros no tenéis mucho que perder, pero tendréis un futuro mejor, una nueva vida os está esperando”. Él no era solo un hombre de palabras que incitaban a pensar, sino también un hombre de acción. Porque “buscaba y encontraba a Dios en los pobres intocables”. Para él, sacrificio significaba estar con los pobres, trabajar con los marginados y compartir sus gozos y tristezas y una “entrega total a Yahveh y a los *anawim* [los pobres] de Yahveh, hasta el extremo de entregar su propia vida”.

El P. A.T. Thomas tenía un sueño y una visión para los *dalits*, que estaban económicamente bajo el umbral de la pobreza, carecían de educación escolar, culturalmente eran inferiores a la casta superior de cultura *brahmánica*, poseedores de la filosofía deshumanizante que ha creado la clase de los intocables. Soñaba con una sociedad justa en la que *dalits* y no-*dalits* vivieran en armonía, cada individuo y cada comunidad amándose y respetándose mutuamente. Abrigaba el sueño de que los *dalits* fueran algún día empoderados y pudieran vivir con dignidad. A fin de alcanzar esta meta comenzó su trabajo creando conciencia entre los intocables de la realidad en que vivían y de su sometimiento socio-económico y cultural. Socialmente no pertenecían al orden jerárquico de la casta hindú. Ellos habían sido puestos fuera del sistema de castas.

Comenzó un movimiento, el *Dalit Vikas Samity* (una organización de los *dalits*, para su propio desarrollo). En varias aldeas había abierto escuelas solo para niños intocables, un Colegio *Grihini* para chicas sin formación escolar. También comenzó Grupos de auto-ayuda de mujeres en un buen número de aldeas, para ayudarles a hacerse económicamente autosuficientes. Se facilitaron instalaciones para el cuidado de la salud y se promovieron planes de ahorro; se comenzaron proyectos que producían ingresos, para que las personas fueran autosuficientes y tuvieran confianza en sí mismas y pudieran vivir con su dignidad de personas humanas. Los *dalits* comenzaron a hacer valer sus derechos y a pelear en los tribunales para recuperar las tierras arrebatadas por sus opresores de las castas superiores. Comenzaron también a caer en la cuenta de que Dios ha creado a todos los seres humanos iguales y que cada persona humana es un hijo de Dios. A.T. fue su inspiración. Sus acciones revolucionarias y transformadoras ganaron el corazón de los intocables, a la par que atraían la ira de la opresiva clase dominante.

La experiencia del Éxodo

Ambajit, una aldea de la clase superior dominante, había convertido a los *Bhuiyas* de la aldea -grupo dalit- literalmente trabajadores esclavos. El P. A.T. Thomas trabajó para liberar a los trabajadores esclavizados de las garras de los *Zamindars*. Sus esfuerzos iniciales por liberarlos había encontrado una oposición hostil de parte de los dominantes *Bhumihars* de Ambajit, al igual que de la renuente y temerosa Comunidad *Bhuiya*. Mientras que la clase dominadora les amenazaba con consecuencias terribles, los *Bhuiyas* murmuraban como los israelitas del Antiguo Testamento, “¿quién nos dará alimento si protestamos contra las atrocidades de los *Bhumihars*? Ellos nos proveen con el pan de cada día”. Nada podía descorazonar el espíritu del P. A.T. Les prometió una tierra de su propiedad; una tierra de la que puede que no fluyera leche y miel, sino una tierra de libertad, un refugio para ellos y con una identidad propia. Ellos se enfrentaron contra las amenazas de los opresores.

Esta batalla fue triple, primero resistir resueltamente contra el demonio externo constituido por el poderío de la clase dominadora; en segundo lugar, matar el demonio interno del temor entre los *dalits*, y en tercer lugar encontrar una tierra prometida. Se les ayudó a limpiar un trozo de tierra forestal; él construyó casas para ellos y se las arregló para conseguir los papeles oficiales del gobierno para su tierra prometida. Ellos marcharon hacia su nueva tierra de libertad. El P. A.T. Thomas llamó a la nueva Tierra Prometida, *Azad Nagar*, que significa la Tierra de la Libertad.

Demandas judiciales por las tierras

El P. A.T. Thomas se dio cuenta de que muchos *dalits* habían perdido sus tierras en favor de la clase dominante por medios fraudulentos. Él los desafió legalmente por medio de

demandas judiciales. Los *Bhuiyas* ganaron las demandas judiciales por la tierra contra la gente dominante de la Aldea Belthu. Los *Bhuiyas* no sólo recuperaron sus tierras, sino que consiguieron enviar a prisión por tres años a algunos de los opresores. Fue una victoria para los intocables. Las valientes acciones del P. A.T. Thomas en favor de la justicia lo habían convertido en una diana para los intereses vengativos que buscaban acabar con él.

El movimiento *Naxalita*¹ estaba en su apogeo a mediados de los años noventa en el Valle de Karanpura. Inicialmente los *Naxalitas* apoyaban a los *dalits*, pero gradualmente surgieron un número de grupos disgregados. Cuando la clase alta que había sido condenada a la cárcel terminó su estancia en ella, se las arreglaron para unirse a un grupo *Naxalita* disgregado. Estos poco a poco sembraron el terror en la región.

El camino de la Cruz

El P. A.T. Thomas iba de viaje a la aldea de Sirka para su recogida de datos, pues estaba haciendo su estudio sobre el nivel de educación de los niños intocables. A su llegada a la entrada de la aldea vio un grupo armado de 15 hombres amenazando a un aldeano, que estaba atado y detenido bajo su control. Él advirtió el peligro. Puesto que era un hombre valiente y atrevido, especialmente con un sentido de justicia social, no pudo resistir ni dejar de intervenir en el asunto. Uno de ellos gritó con todas sus fuerzas, y dijo: “soltad al que está atado, y atad a este hombre, puesto que este es el hombre que estábamos intentando cazar”. Enseguida le ataron y le arrastraron hasta el interior del bosque, lo torturaron, infligiéndole todo el dolor que pudieron. A los aldeanos les habían ordenado que permanecieran encerrados en sus casas. Los miembros de la Comunidad *Bhuiya*, temblorosos, acataron los mandatos del grupo armado y permanecieron encerrados.

Los de la pandilla condujeron al P. A.T. a través del bosque, sin que nadie tuviera la menor idea de a dónde lo llevaban y qué es lo que iban a hacer con él. Tomaron a dos jóvenes de la aldea y les obligaron a que acompañaran a la pandilla. Él fue severamente apaleado durante el camino. Después de casi una hora, le llevaron cerca de un pequeño arroyo en el interior del bosque. El P. A.T. fue despojado de sus vestidos externos. Los dos jóvenes fueron enviados a casa por el pelotón. Podían oír sus fuertes gritos desde la distancia. Le arrancaron las uñas, le rompieron los huesos y le cortaron el dedo gordo. Había señales de quemaduras sobre su cuerpo. Sus incesantes gritos resonaban por el bosque. Sufrió un dolor terrible. En verdad, este fue su Calvario. Atormentado por la sed, cuando pidió agua, uno de ellos trajo un cuenco de agua del cercano arroyo. En el momento en que iba a beber el agua, uno de ellos desgarró el cuenco de hojas, con el filo de un fusil. Fue decapitado allí mismo con una daga. Los atormentadores se marcharon llevándose su cabeza. El cuerpo decapitado yacía allí en un charco de sangre. ¡El que había ido a salvar la víctima, se había convertido en una presa en las garras de aquellos hombres crueles!

Hubo un repentino cambio en el tiempo atmosférico. El sol desapareció; una nube negra cubrió el cielo, durante una media hora se desató un fuerte aguacero que hizo desaparecer la sangre. El cuerpo decapitado de A.T. permaneció en el Bosque durante tres días. La noticia saltó a los medios locales y nacionales, con el anuncio de su secuestro. Amigos y compañeros angustiados esperaban su vuelta, dirigiéndose al Altísimo, rezando por su salvo retorno.

¹ Grupo insurgente de carácter maoísta declarado como organización terrorista por la Ley de Prevención de Actividades Ilegales de la India en 1967. Aún está activo en diversos Estados de la India.

Al tercer día, el 27 de octubre, los jesuitas de Hazaribag recibieron información de que el P. A.T. había cesado de existir. Ese lunes 27 de octubre comenzó la búsqueda de su cuerpo y a eso de las 11 de la mañana unas personas encontraron su cuerpo decapitado en la jungla. El hecho de que hubiera llovido sobre el cuerpo sirvió de prueba de que había sido asesinado aquel mismo día 24 de octubre de 1997. Una inseguridad, una perspectiva desoladora y un gran signo de interrogación surgió ante la Misión a los Dalits del Padre A.T. Thomas. El cuerpo permaneció postrado durante tres días, sin cuidado. El hecho de que no fuese tocado por las hienas, ni por los buitres no es otra cosa que un milagro.

Experiencia de resurrección de los intocables

Cuando el P. A.T. fue apresado los hombres de la aldea Sirka abandonaron sus hogares y desaparecieron en la selva. Las mujeres permanecieron dentro de sus casas. Las puertas estaban cerradas. Nadie hablaba. Un silencio mortal, debido al temor, atenazó a todo el Valle de Karanpura. La gente comenzó a recaer en su fatalismo. Decían: “Si el P. A.T. pudo ser decapitado, ¿entonces quién puede sentirse seguro?” La casa de los jesuitas desde donde él trabajaba se cerró y los Padres regresaron a su propia residencia. Las gentes volvieron a estar “como ovejas sin pastor”. Pero esto no duró mucho. Los jesuitas de Hazaribag han aceptado esto como *un desafío y han continuado su misión*. Los padres Xavier Gyan y M.K. Jose se ofrecieron a ir a Karanpura y continuar la misión de la Compañía de Jesús. Con el paso de los años el pesimismo se disipó. La gente ha despertado de su somnolencia. Hubo una experiencia de vuelta a la vida. Conforme transcurrían los años la gente parecía sentirse fortalecida y renovada en su fe. Ellos sienten firmemente que el espíritu del P. A.T. Thomas está presente entre ellos. Ahora están llenos de más confianza y valor. Podemos verlos trabajando juntos para afrontar los problemas del desplazamiento.

Como en años anteriores, también este año la gente se reunió en *Puniya bhoomi* –la Tierra Santa, donde él fue decapitado–, el 24 de octubre de 2014, para una celebración de la Eucaristía. Celebraron su nuevamente encontrada vida. La muerte no es el final, sino el comienzo de un nuevo amanecer. Prevalció un ambiente tranquilo y sereno en *Puniya Bhoomi*. Con el derramamiento de su sangre, el P. A.T. ha transformado aquel terrible lugar en una Tierra Santa. Hoy día, una cruz se alza donde el cuerpo sin cabeza fue encontrado, para dar la bienvenida y bendecir a la gente que hacen su peregrinación a *Puniya Bhoomi*.

Babupara, una aldea en un amplio valle al sur de Hazaribag, fue testigo también este año, el 26 de octubre, de varios miles de personas que se reunieron para rendir tributo al P. A.T. Thomas, en el 17^o aniversario. Los *dalits*, gente rota o aplastada, han proclamado decididamente en Babupara que ellos de aquí en adelante ya no son un pueblo roto, y que no aceptan la situación de una existencia infrahumana. El propósito principal de su reunión era proclamar que ellos son un pueblo con su propia dignidad y su propia identidad. Rindieron homenaje a su bravo y amado jefe. La gente proclamó que la sangre del mártir no se derrama en vano. Definitivamente ella produciría fruto en abundancia. Los opresores pensaban que eliminando al P. A.T. Thomas los *dalits* se retirarían a su vida temerosa de antes. Pero por el contrario, se han convencido de que estaban equivocados. Ahora que están plenamente despiertos, ¡están llenos de entusiasmo por la vida! Los eslóganes y sus ecos sonaban como si el alma de la humanidad habitara en las ardientes gargantas de los dalits. El Padre A.T. Thomas es eterno; su espíritu está vivo entre los intocables *anawim* de Yahveh. Sentíamos en nuestros corazones el despertar de sentimientos que nos hacían ser conscientes del gran valor de la vida humana.

Original inglés, traducción de Antonio Maldonado sj



En aras de la libertad: dos jesuitas en *Setembro Negro*

Juzito Rebelo sj
Timor Oriental

Han pasado ya tres lustros desde que Timor Oriental votara en favor de la independencia. Tras veinticuatro años de brutal ocupación por los militares indonesios, a esta mitad de la isla de Timor se le concedió por fin el derecho a la autodeterminación mediante un referéndum que se celebró el 30 de agosto de 1999. Cinco días más tarde, el 4 de setiembre, cuando se anunció el resultado del plebiscito, los timorenses recibieron con júbilo la noticia. En medio de todos los horrores, intimidaciones y actos de violencia perpetrados por los militares y los milicianos pro-indonesios, una abrumadora mayoría de la población votó en contra de la autonomía ofrecida por el gobierno indonesio. Por primera vez Timor respiró el aire de libertad respecto de un gobierno dictatorial. No obstante, para Timor la libertad nunca fue gratis, ni siquiera cuando la libertad había sido ya aceptada. Esa euforia de la libertad tuvo un precio: el *Setembro Negro* (Setiembre Negro).

Justo después de anunciarse el resultado del referéndum, Dili, la nueva capital del país, quedó de nuevo envuelta por el humo y bañada en sangre. Los militares indonesios y las milicias se desmandaron dando rienda suelta a su enfado y frustración por la noticia. Por todas partes se oían disparos. Casas, vehículos, escuelas, hospitales y otras infraestructuras públicas fueron quemados y reducidos a cenizas. Numerosas personas se vieron obligadas a abandonar sus hogares para buscar refugio en las iglesias, los conventos, las montañas o el extranjero; hubo también muchos que siguieron luchando para liberar a otros, hasta el punto de perder su propia libertad de vivir.

El padre Tarcisius Dewanto sj fue uno de ellos. Nacido en Magelang (Indonesia) el 18 de mayo de 1965, el joven Dawanto ingresó en la Compañía de Jesús en 1987. Como todos los jesuitas, pasó por las diferentes etapas de formación, incluidos los estudios de filosofía y teología, y fue ordenado sacerdote el 14 de julio de 1999. Un mes después de su ordenación, Romo Anto, como era cariñosamente conocido, fue enviado a Timor Oriental como adscrito a la parroquia del Ave María en Suai, una ciudad costera distante unos ciento ochenta kilómetros de Dili.

Difícilmente podía imaginar que estaría entre las víctimas del *Setembro Negro*, el último precio de la libertad. En la tarde-noche del 6 de setiembre, militares indonesios y milicianos asaltaron la parroquia de Ave María, convertida en un santuario para unos dos mil refugiados y en la que Romo Dewanto vivía con dos sacerdotes nativos, los padres Hilario Madeira y Francisco Tavares. Armados con machetes, espadas, lanzas y armas de fuego, unas modernas y otras improvisadas, militares y milicianos penetraron en el camposanto y empezaron a machetear, apuñalar y disparar a todo el que encontraban a su paso mientras se dirigían hacia las

dependencias de los sacerdotes. Al oír el tumulto, el padre Dewanto salió con la intención de detener la matanza. El jesuita recién ordenado, que llevaba menos de un mes en la parroquia, trató de persuadir a los asaltantes de que no hicieran daño a más personas, con la esperanza de que, dada su condición de sacerdote indonesio, le harían caso. Pero en vez de eso, el joven jesuita “fue golpeado y asesinado a tiros junto con los dos sacerdotes nativos”, rememoró José da Silva, un testigo ocular de los hechos.

Los jesuitas de la región no tenían aún noticia alguna sobre el paradero del cuerpo desaparecido de su joven compañero cuando *Setembro Negro* se cobró la vida de otro jesuita: el padre Karl Albrecht sj. En la noche del 11 de setiembre, un grupo de militares indonesios y miembros de las milicias se presentó ante la residencia jesuita de Taibesi, en Dili, donde se habían refugiado cientos de personas. Empezaron a chillar y gritar frente a la entrada principal. Al oír disparos, el padre Albrecht salió con una linterna enfocando en la dirección de la que procedía el ruido: “*Siapa?...ada apa?...mau apa?*” (¿Quién es?, ¿qué ocurre?, ¿qué queréis?), preguntó el sacerdote, según cuenta un periodista indonesio en su libro¹. Le gritaron que apagara la linterna y le exigieron que hiciera salir de la residencia a los refugiados. Pero, debido a sus problemas auditivos, el septuagenario sacerdote alemán continuó enfocándolos con la linterna; entonces, de repente sonaron reiterados disparos y el pionero de la *Credit Union* en Indonesia cayó al suelo justo delante de la Residencia Loyola. Albrecht, quien a la sazón era director del JRS y durante los últimos días había estado ocupado llevando a refugiados a lugares seguros y transportando medicinas, ropas, agua y alimentos, había perdido su libertad de respirar.

Romo Karim Arbie, como era conocido por su nombre indonesio, había nacido el 19 de abril de 1929 en Augsburg (Alemania). Ya ordenado sacerdote jesuita, el padre Karl Albrecht fue enviado a Indonesia a finales de 1958. Durante los cuarenta años de su estancia en Indonesia, Romo Karim fue asignado a diferentes territorios de misión en la zona central de Java, donde fue el iniciador del movimiento de la *Credit Union*. A comienzos de la década de 1990 fue trasladado a la diminuta media isla que es Timor Oriental y allí continuó introduciendo el movimiento de la *Credit Union* en el territorio, hasta que el *Setembro Negro* selló su destino como otra víctima innegociable de la libertad.

Los restos de ambos jesuitas mártires reposan en el jardín posterior de la residencia jesuita de Dili. Mientras que el padre Albrecht fue sepultado al día siguiente de su muerte, el padre Dewanto solo pudo ser inhumado a su lado dos meses después de que su cuerpo desaparecido fuera identificado y desenterrado junto con los cuerpos de los dos sacerdotes nativos y otras veinticinco víctimas que habían sido arrojadas a una fosa común en la frontera con Timor Occidental (Indonesia). Ambos han perdido la libertad de respirar, pero su martirio es un ejemplo vivo de lo que significa ser jesuita: un hombre de libertad, un “hombre para otros” libre. Son testigos silenciosos de jesuitas que acogen libremente la llamada de Dios, de jesuitas que son libres para ir a cualquier lugar en cualquier momento con el fin de servir a la humanidad. Personifican la lección de que ser un “hombre para otros” supone un compromiso con una vida de servicio; y ese es un compromiso que implica correr riesgos, un compromiso para liberar a otros, aunque ello signifique renunciar a la propia libertad de vivir. Pero no importa cuál sea el riesgo: un jesuita siempre opta por ser libre, libre para servir, libre de miedos, libre para ir más allá de aquello que le resulta familiar y le hace sentirse seguro.

Ahora que desde el 20 de mayo de 2002 Timor Oriental ha conquistado la libertad y el reconocimiento internacional como Estado independiente, la historia de *Setembro Negro* parece

¹ C. M. Rien Kuntari, *Timor Timur Satu Menit Terakhir: Catatan Seorang Wartawan*.

haberse escrito sobre arena. Quienes cometieron los atroces crímenes siguen disfrutando de su libertad. Muchos han regresado a Timor y caminan libremente en el país al que antaño traicionaron, entre las edificaciones que en su día redujeron a cenizas y en medio del pueblo que trataron de exterminar. Quizá los timorenses y sus líderes entiendan muy bien que buscar la justicia requiere gran cantidad de recursos, de energía y de tiempo. Porque las violaciones de los derechos humanos no se produjeron solo en *Setembro Negro*. Comenzaron con anterioridad a la invasión militar por Indonesia en 1975 y continuaron tras esta. Los criminales no son solo los generales indonesios y su presidente Suharto, sino también los gobernantes estadounidenses y australianos. ¿Juzgará el Tribunal Internacional a todos ellos? ¿Cuánto tiempo tendrá que transcurrir para que esto se haga realidad? ¿Cuántos recursos serán necesarios? Bien, ¿cuántos criminales nazis o del Jemer Rojo han sido juzgados por el Tribunal Internacional? Unos cuantos, quizá. Pero ¿ha dado la justicia nueva vida a lo que estaba muerto? ¿Ha sanado las cicatrices? ¿Ha alimentado a los pobres? ¿Ha consolado a las viudas y a los huérfanos de guerra? “La historia nos ha enseñado una lección”, como afirma el dicho. Quizá los timorenses han aprendido muy bien la lección. Llegaron pronto a la aceptación, antes incluso de que se decidieran a luchar por la libertad. Esa libertad no es gratuita; tiene un precio. Sabían que la libertad exige un largo recorrido y que este no iba a estar exento de dificultades. La tragedia de *Setembro Negro* es tan solo una consecuencia de haberse embarcado en esa aventura llamada libertad. Siempre hay que elegir entre la justicia y el perdón, y los timorenses han optado por enterrar el hacha de guerra y abrazar la amistad y la paz.

Original inglés
Traducción José Lozano Gotor

Lista de jesuitas asesinados violentamente

La lista presente ha sido elaborada ateniéndose a aquellos jesuitas asesinados violentamente desde 1973. Está realizada a partir de otra aparecida en el libro *Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, AA.VV., editado por Gianni La Bella, 2007. Si encontraran algún error u omisión, les rogaríamos nos lo hicieran saber, a fin de corregirla.

1973, 1 de diciembre: **H. Alfredo Pérez Lobato** (36 años), nacido en Regueras (León, España) el 15 agosto 1937. Jesuita desde el 19 setiembre 1963, Provincia de León, albañil, muerto tiroteado en El Guera (Chad).

1975, 30 setiembre: **P. Maurice Meigne** (70 años), nacido en Bizerte (Túnez) el 4 enero 1905. Jesuita desde el 18 enero 1932, Provincia del Próximo Oriente, profesor de matemáticas en la universidad, muerto en explosión de avión inexplicada antes de aterrizar en el aeropuerto de Beirut (Líbano).

1975, 25 octubre: **P. Louis Dumas** (74 años), nacido en Poitiers (Vienne, Francia) el 2 agosto 1901. Jesuita desde el 13 octubre 1918, Provincia del Próximo Oriente, profesor de universidad, asesinado por un francotirador en Beirut (Líbano).

1976, 16 enero: **P. Michel Allard** (51 años), nacido en Brest (Francia) el 27 enero 1924. Jesuita desde el 16 noviembre 1942, Provincia de Próximo Oriente, director del Instituto de Literatura Oriental, muerto por golpe de mortero en su habitación de la comunidad de Beirut (Líbano).

1976, 14 marzo: **P. Alban de Jerphanion** (74 años), nacido en Lyon (Francia) el 6 agosto 1901. Jesuita desde el 13 setiembre 1918, Provincia del Próximo Oriente, profesor, muerto por arma de fuego en Beirut (Líbano).

1976, 23 mayo: **H. Nicolas de Glos** (65 años), nacido en Cannes (Alpes Marítimos, Francia) el 10 febrero 1911. Jesuita desde el 27 junio 1968, Provincia de Francia, inspector diocesano de escuelas, acuchillado en Yamena (Chad).

1976, 12 octubre: **P. João Bosco Penido Burnier** (59 años), nacido en Juiz de Fora (Brasil) el 11 junio 1917. Jesuita desde el 22 octubre 1936, Provincia de Brasil Central, misionero, muerto a tiros en Goiania (Brasil).

1977, 6 febrero: **H. John Conway** (56 años), nacido en Tralee (Irlanda) el 25 abril 1920. Jesuita desde el 9 octubre 1948, Provincia Británica, camionero, fusilado en Musami (Zimbabue).

1977, 6 febrero: **P. Martin Thomas** (44 años), nacido en Sidoup (Inglaterra) el 25 abril 1932. Jesuita desde el 7 setiembre 1949, Provincia Británica, superior de comunidad, fusilado en Musami (Zimbabue).

1977, 6 febrero: **P. Christopher Shepherd-Smith** (34 años), nacido en Geita (Tanzania) el 28 enero 1943. Jesuita desde el 7 setiembre 1960, Provincia Británica, sociólogo, fusilado en Musami (Zimbabue).

1977, 12 marzo: **P. Rutilio Grande García** (48 años), nacido en El Paisnal (El Salvador) el 5 julio 1928. Jesuita desde el 22 setiembre 1945, Provincia de Centroamérica, párroco, ametrallado en Aguilares (El Salvador).

- 1978, 15 enero: **P. Desmond Donovan** (50 años), nacido en Leeds (Inglaterra) el 10 octubre 1927. Jesuita desde el 7 setiembre 1947, Provincia Británica, pedagogo, “desaparecido” en Makumbi (Zimbabue).
- 1978, 27 junio: **H. Bernhard Lisson** (68 años), nacido en Bowalino (Alemania) el 21 agosto 1909. Jesuita desde el 8 octubre 1931, Provincia de Zimbabue, mecánico, fusilado en Magondi (Zimbabue).
- 1978, 27 junio: **P. Georg Richert** (48 años), nacido en Tannsee (Alemania) el 10 mayo 1930. Jesuita desde el 14 setiembre 1948, Provincia Alemania Septentrional, párroco, fusilado en Magondi (Zimbabue).
- 1978, 26 diciembre: **P. Gerhard Pieper** (38 años), nacido en Berlín (Alemania) el 18 junio 1940. Jesuita desde el 15 abril 1959, Provincia de Zimbabue, biólogo, fusilado en Kangaire (Zimbabue).
- 1979, 24 febrero: **P. Francis Louis Martiseck** (66 años), nacido en Export (Pennsylvania, EEUU) el 12 noviembre 1912. Jesuita desde el 30 marzo 1932, Provincia de Patna, capellán, muerto por arma de fuego en Mokame (India).
- 1979, 14 julio: **P. Bernhard Darke** (53 años), nacido en Bournemouth (Inglaterra) el 19 julio 1925. Jesuita desde el 24 julio 1946, Provincia Británica, fotógrafo, apuñalado en Georgetown (Guyana).
- 1980, 7 marzo: **P. Mathew Mannaparambil** (41 años), nacido en Arakulam (Kerala, India) el 14 junio 1938. Jesuita desde el 1 julio 1960, Provincia de Patna, párroco, muerto por arma de fuego en Sasaram (Bihar, India).
- 1980, 22 marzo: **P. Luis Espinal Camps** (48 años), nacido en Sant Fruitós de Bages (España) el 4 febrero 1932. Jesuita desde el 14 agosto 1949, Provincia de Bolivia, periodista, torturado, golpeado hasta la muerte, ametrallado en La Paz (Bolivia).
- 1981, 13 abril: **P. Godofredo Alingal** (58 años), nacido en Dapitan (Zamboanga, Filipinas) el 24 junio 1922. Jesuita desde el 30 mayo 1940, Provincia de Filipinas, párroco, muerto por arma de fuego en Kibawe (Bukidnon, Filipinas).
- 1981, 2 agosto: **P. Carlos Pérez Alonso** (44 años), nacido en Briviesca (Burgos, España) el 24 octubre 1936. Jesuita desde el 6 octubre 1952, Provincia de Castilla, “desaparecido” en Guatemala.
- 1984, 26 febrero: **P. James Finnegan** (71 años), nacido en Nueva York (Estados Unidos) el 26 noviembre 1912. Jesuita desde el 20 julio 1931, Provincia de Nueva York, profesor de filosofía, muerto por explosión de obús en Beirut (Líbano).
- 1985, 14 marzo: **P. Nicolas Kluiters** (44 años), nacido en Delft (Holanda) el 25 mayo 1940. Jesuita desde el 7 setiembre 1965, Provincia del Próximo Oriente, párroco, secuestrado y asesinado en Nabha (Líbano).
- 1985, 30 octubre: **P. João de Deus Gonçalves Kamtedza** (55 años), nacido en V. Mouzinho (Tete, Mozambique) el 8 marzo 1930. Jesuita desde el 1 julio 1951, Provincia de Portugal, párroco, asesinado en Chapotera (Tete, Mozambique).

- 1985, 30 octubre: **P. Silvio Alves Moreira** (44 años), nacido en Rio Meão (V. da Feira, Portugal) el 16 abril 1941. Jesuita desde el 24 octubre 1957, Provincia de Portugal, párroco, asesinado en Chapotera (Tete, Mozambique).
- 1987, 6 abril: **H. Vicente Costa Cañas** (48 años), nacido en Alborea (España) el 22 octubre 1939. Jesuita desde el 21 abril 1961, Provincia de Brasil Septentrional, misionero, apuñalado en Mato Grosso (Brasil).
- 1987, 24 setiembre: **P. André Masse** (47 años), nacido en Decazeville (Aveyron, Francia) el 17 agosto 1940. Jesuita desde el 18 octubre 1958, Provincia de Francia, escritor, asesinado por arma de fuego en Saida (Líbano).
- 1988, 29 mayo: **P. Jean de Boisseson** (77 años), nacido en Boisseson (Francia) el 11 junio 1910. Jesuita desde el 11 noviembre 1928, Provincia de Madagascar, misionero, acuchillado en Tananarive (Madagascar).
- 1989, 1 junio: **P. Sergio Restrepo Jaramillo** (49 años), nacido en Medellín (Colombia) el 19 julio 1939. Jesuita desde el 12 diciembre 1957, Provincia de Colombia, párroco, muerto por arma de fuego en Tierralta (Colombia).
- 1989, 12 noviembre: **P. Raymond A. Adams** (54 años), nacido en Nueva York (EEUU) el 25 mayo 1935. Jesuita desde el 30 julio 1953, Provincia de Nueva York, párroco, muerto por arma de fuego en Cape Coast (Ghana).
- 1989, 16 noviembre: **P. Segundo Montes Mozo** (56 años). Nacido en Valladolid (España) el 15 mayo 1933. Jesuita desde el 21 agosto 1950, Provincia de Centroamérica, superior de la comunidad de la Universidad Centroamericana (UCA), profesor universitario, muerto ametrallado en San Salvador (El Salvador).
- 1989, 16 noviembre: **P. Ignacio Ellacuría Beascoechea** (59 años), nacido en Portugalete (Vizcaya, España) el 9 noviembre 1930. Jesuita desde el 14 setiembre 1947, Provincia Centroamericana, Rector de la UCA de San Salvador, muerto ametrallado en San Salvador (El Salvador).
- 1989, 16 noviembre: **P. Ignacio Martín Baró** (47 años), nacido en Valladolid (España) el 7 noviembre 1942. Jesuita desde el 28 setiembre 1959, Provincia Centroamericana, profesor universitario, muerto ametrallado en San Salvador (El Salvador).
- 1989, 16 noviembre: **P. Juan Ramón Moreno Pardo** (56 años), nacido en Villatuerta (Navarra, España) el 29 agosto 1933. Jesuita desde el 17 setiembre 1950, Provincia Centroamericana, profesor universitario, muerto ametrallado en San Salvador (El Salvador).
- 1989, 16 noviembre: **P. Armando López Quintana** (53 años), nacido en Cubo de Bureba (Burgos, España) el 6 febrero 1936. Jesuita desde el 7 setiembre 1952, Provincia Centroamericana, profesor universitario, muerto ametrallado en San Salvador (El Salvador).
- 1989, 16 noviembre: **P. Joaquín López y López** (71 años), nacido en Santa Ana (El Salvador) el 16 agosto 1918. Jesuita desde el 31 enero 1938, Provincia Centroamericana, director nacional de "Fe y Alegría", muerto ametrallado en San Salvador (El Salvador).
- 1990, 15 agosto: **P. Eugene J. Hebert** (66 años), nacido en Jennings (Louisiana, Estados Unidos) el 9 octubre 1923. Jesuita desde el 14 agosto 1941, actual Provincia de Sri Lanka, profesor

y miembro del Comité de Paz de Batticaloa, desaparecido cerca de Batticaloa (Sri Lanka), presuntamente asesinado.

- 1994, 7 abril: **P. Patrick Gahizi** (47 años), nacido en Ruanda el 23 octubre 1946. Jesuita desde el 8 diciembre 1977, Provincia de África Central, delegado del Provincial y superior de la residencia del escolasticado en Butare, muerto por arma de fuego en el Centro Christus de Kigali (Ruanda).
- 1994, 7 abril: **P. Chrysologue Mahame** (68 años), nacido en Kibeho (Ruanda) el 1 enero 1927. Jesuita desde el 14 setiembre 1952, Provincia de África Central, ministro del Centro Christus, muerto por arma de fuego en Kigali (Ruanda).
- 1994, 7 abril: **P. Innocent Rutagambwa** (45 años), nacido en Shangí (Ruanda) el 4 mayo 1948. Jesuita desde el 7 setiembre 1969, Provincia de África Central, asignado a la Escuela Secundaria en Gisenyi, muerto por arma de fuego en el Centro Christus de Kigali (Ruanda).
- 1996, 30 octubre: **Mons. Christophe Munzihirwa Mwene Ngabo** (70 años), nacido el 1 de enero de 1926 en Kivu (Zaire). Jesuita desde el 7 setiembre 1963, Provincia de África Central, arzobispo de Bukavu (Zaire), muerto violentamente en circunstancias desconocidas.
- 1997, 24 octubre: **P. Thomas Anchanikal** (46 años), nacido el 12 octubre 1951 en Anchad (Kerala, India). Jesuita desde el 25 agosto 1968, Provincia de Hazaribag, coordinador del apostolado entre los "Harijan", raptado y asesinado en Hazaribag (India).
- 1997, 14 diciembre: **P. Thomas Gafney** (65 años), nacido el 28 noviembre 1932 en Cleveland (Ohio, EEUU). Jesuita desde el 1 setiembre 1952, Provincia de Patna, director del apostolado social en la región de Nepal, asesinado en Katmandú (Nepal).
- 1999, 8 setiembre: **P. Tarcisius Dewanto** (34 años), nacido en Indonesia el 18 mayo 1965. Jesuita desde el 7 julio 1987, Provincia de Indonesia, asistente en el Seminario de Nossa Senhora de Fátima en Dili, Timor Oriental, asesinado en Suai (Timor Oriental).
- 1999, 11 setiembre: **P. Kart Albrecht** (70 años), nacido el 19 abril 1929 en Altusried bei Kempten (Alemania). Jesuita desde el 14 setiembre 1949, Provincia de Indonesia, director del Servicio Jesuita a Refugiados para Timor Oriental, asesinado en Dili (Timor Oriental).
- 1996, 17 octubre: **Sch. Richard M. Fernando** (26 años), nacido en Quezon City (Filipinas) el 27 febrero 1970. Jesuita desde el 30 mayo 1990, Provincia de Filipinas, muerto por explosión de granada en la escuela de Banteay Prieb (Camboya).
- 2000, 12 julio: **P. Remis Kerketta** (46 años), nacido en Bamhandih, Kuda (India) el 28 junio 1953. Jesuita desde el 20 noviembre 1974, Provincia de Ranchi, superior y párroco, asesinado en la carretera entre Bundu y Ranchi, en el estado de Jharkhand (estado de Bihar hasta noviembre 2000, India).
- 2001, 21 junio: **P. Martin J. Royackers** (41 años), nacido en Strathroy (Ontario, Canadá) el 14 noviembre 1959. Jesuita desde el 26 agosto 1978, Provincia de Canadá Superior, superior y párroco, asesinado en Annatto Bay (Jamaica).

- 2001, 28 agosto: **P. Emil Jouret** (83 años), nacido en Lessines (Belgica) el 28 mayo 1918. Jesuita desde el 23 setiembre 1936, Provincia de África Central, ecónomo del Instituto Técnico Profesional de Kikwit, apuñalado en Kikwit (República D. del Congo).
- 2005, 7 mayo: **P. René De Haes** (71 años), nacido en Heist-op-den-Berg (Bélgica) el 9 setiembre 1933. Jesuita desde el 7 setiembre 1952, Provincia de África Central, rector de la Facultad de Saint-Pierre Canisius, Kimwenza, muerto por arma de fuego en Kinshasa (República D. del Congo).
- 2006, 4 febrero: **P. Elie Koma** (59 años), nacido en Kigarama (Burundi) el 3 octubre 1946. Jesuita desde el 6 octubre 1967, de la Región de Rwanda-Burundi, rector de la iglesia de la Compañía en Kamenge (Burundi), muerto por arma de fuego en Kanyosa (Burundi).
- 2006, 6 noviembre: **P. Waldyr dos Santos** (69 años), nacido en Nova Friburgo (Rio de Janeiro, Brasil) el 1 abril 1937. Jesuita desde el 23 febrero 1960, Provincia de Brasil Central, misionero en Mozambique, asesinado en asalto a su comunidad en Fonte Boa (Mozambique).
- 2008, 25 octubre: **P. Víctor Betancourt Ruiz** (42 años), nacido en Guayaquil (Ecuador) el 7 julio 1966. Jesuita desde el 14 setiembre 1984, de la Región de Rusia, Profesor de Teología en el Instituto Santo Tomás de Moscú (Rusia), asesinado en su comunidad en Moscú (Rusia).
- 2008, 27 octubre: **P. Otto Messmer** (47 años), nacido en Karaganda (Kazajstán) el 14 julio 1961. Jesuita desde el 1 setiembre 1982, Superior Regional de la Región de Rusia, asesinado en su comunidad en Moscú (Rusia).
- 2014, 7 abril: **P. Frans van der Lugt** (75 años), nacido en La Haya ('s-Gravenhage, Holanda) el 10 abril 1938. Jesuita desde el 7 setiembre 1959, Provincia de Próximo Oriente, ministerios diversos en Siria, asesinado con arma de fuego en Homs (Siria).

Secretariado para la Justicia Social y la Ecología

**Borgo Santo Spirito, 4
00193 Roma**

+39 06689 77380 (fax)

sjes@sjcuria.org